

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Celda de castigo

Brigitte nunca ha soportado es la codicia desmesurada y, por supuesto, delictiva. Aun así, dentro de la codicia y la ambición desorbitada pueden existir unos ciertos grados o niveles que podrían impulsar a la agente Baby a ser un tanto comprensiva y tolerante… siempre y cuando, ciertamente, no intervenga el asesinato masivo de personas inocentes. Pero, como en tantas otras ocasiones, éste es el caso, con el agravante de la existencia del Presidio Cochuacán, instalado en una encantadora quinta de lujo pero que realidad es como una enorme celda de castigo. Miles de personas pasan cada día por delante de tan encantadora quinta ignorantes de que es un lugar horroroso por dentro y donde varios detenidos sufren torturas infernales.



Lou Carrigan

Celda de castigo

Brigitte en acción - 469

ePub r1.0
Titivillus 04.01.2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Parte del final

La señorita Montfort había llegado a las Hawai con muy poco equipaje y muchas ganas de tomar el sol y descansar unos días. Aterrizó por la tarde en el Honolulu International Airport y se hizo llevar a una urbanización en Waikiki Beach donde había alquilado un espacioso y sensacional *bungalow* de superlujo, y se instaló dispuesta a pasar allí una semana de autentico descanso, de relax absoluto.

Sin embargo, antes tenía una pequeña diligencia que llevar a cabo, y, como ella no era persona que dejara para mañana lo que pudiera hacer hoy, decidió realizar esa diligencia, quedar tranquila, y entonces sí, dedicarse exclusivamente a tomar el sol.

Así que alquiló un helicóptero, y con él se hizo llevar a la isla de Hawai, por encima de cuyo volcán voló, conversando simpáticamente con el piloto, que se sentía encantado de la vida bromeando sobre el volcán Mauna Loa y las remotas vírgenes que alguna vez fueron arrojados a sus crepitantes entrañas para aplacar sus furias.

Después de casi tres horas de vuelo, llegaron a Hilo, donde el helicóptero tomó tierra, en el ajardinado Hilo Airport. Aquí, tras pedirle al piloto del helicóptero que la esperase a las doce de la mañana, la señorita Brigitte Montfort tomó un taxi y se hizo llevar al centro de Hilo, en cuya Makalua Avenue adquirió una bicicleta. Montada en bicicleta, la señorita Montfort viajó alegremente, contemplando el paisaje, hasta encontrar la urbanización que andaba buscando… Pasó de largo, llegó a un lugar de la playa solitario y sin iluminación, y procedió a cambiar de aspecto.

No había que correr riesgos innecesarios.

Cambiado su aspecto por el de una muchacha rubia, de vestimenta informal y aires desenvueltos, Brigitte Montfort se adentró en la urbanización que antes había localizado, estuvo

circulando en bicicleta por sus avenidas, y finalmente encontró la casa que buscaba, ante la cual desmontó.

Dejó la bicicleta apoyada en el tronco de un cocotero, y se dirigió hacia la casa en cuestión en la cual no se veía luz alguna. Tras llamar repetidamente se convenció de que no había nadie en ella, así que entró por sus propios medios, es decir, utilizando con toda facilidad una ganzúa. Una vez dentro, encendió su pequeña linterna, y recorrió la casita encantadora rodeada de encantador jardín.

Diez minutos más tarde había encontrado el pasaporte a nombre de Gregorio Narváez, ciudadano nicaragüense, así como otros documentos, dinero, e incluso una pistola. Lo recogió todo, lo metió en su maletín, y se acomodó en una de las butacas de mimbre, dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta al tal Gregorio Narváez…

Capítulo primero

Procedente de Nueva York en un vuelo ultra veloz de helicóptero, la señorita Brigitte Montfort llegó al aeropuerto de Foster Dulles de Washington alrededor de las cinco de la tarde. Un automóvil biplaza deportivo la estaba esperando en la zona especialmente destinada para el aterrizaje del helicóptero. Ese automóvil la trasladó a un *jet* privado que esperaba en otro apartado lugar reservado en el mismo aeropuerto. La señorita Montfort abordó ese *jet*. Un minuto más tarde, el *jet* despegaba.

Un avión de lujo, de propiedad y uso particular, dentro del cual solamente viajaban como pasajeros la señorita Montfort y el hombre que la había estado esperando dentro del avión; *Mr*. Cavanagh, el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA, a quien la periodista-espía había saludado con un cariñoso beso, sentándose seguidamente a su lado en uno de los confortables asientos.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que, transcurrido un minuto después del despegue, el avión se estabilizó. Una luz roja se apagó, y una luz verde fue encendida desde la cabina de mandos del lujoso aparato. Brigitte y *Mr*. Cavanagh se desprendieron de sus cinturones. Otoño. Un día soleado pero lánguido. Abajo se distinguía la línea reluciente del Potomac. Hacia el oeste, los montes Alleghanis. Viajaban hacia el sur.

—¿Todo bien por Nueva York? —inquirió Cavanagh.

—Relativamente —replicó Brigitte.

El jefe de los espías «de capa y puñal» de la CIA se quedó mirando entre expectante y preocupado a la mejor agente que jamás había tenido a sus órdenes en su ya larguísima trayectoria como miembro del espionaje norteamericano en sus diversas facetas y actuaciones. Encontró como una diminuta arruga en el ceño de Brigitte. Pero no una arruga física, sino mental. Es decir, que Brigitte estaba preocupada, Tan hermosa y juvenil como siempre,

pero preocupada. Tan hermosa que resultaba increíble. Cavanagh pensó que, como todo lo de auténtica calidad, la señorita Montfort mejoraba con el paso del tiempo. Esto le hizo sonreír. Pero enseguida recordó lo que acababa de contestarle ella.

—¿Relativamente? —se interesó también algo inquieto—. Eso puede significar que algo va mal.

—Solamente una cosa: la edad de tío Charlie. Debería ser retirado del servicio.

—Ah, ya. Sí, se lo hemos propuesto, pero él se niega. Dice que continuará al mando del Sector New York mientras usted también siga en activo.

—La diferencia de edad entre él y yo es considerable —replicó casi enfadada Brigitte—. Y por otra parte, no se trata de «proponerle» que se retire. Simplemente, ordéneselo. Dígale que ha sido jubilado, y asunto terminado.

—¿Por qué no se lo dice usted? —replicó suavemente Cavanagh. Brigitte tuvo un leve sobresalto.

Se quedó mirando a su jefe y uno de sus más queridos amigos, y terminó por sonreír.

—De acuerdo, es un tema poco simpático de tratar, así que lo dejaremos para más adelante. Digamos, para cuando termine esta misión…, o para otro día.

—¿Se da cuenta? —sonrió también Cavanagh— a usted tampoco le hace ninguna gracia decirle a Pitzer que se retire. Es decir, ordenárselo. Pero tiene usted razón, habrá que afrontar ese tema con decisión no tardando mucho. Pasemos ahora al objeto de esta entrevista y este viaje. ¿Conoce usted al coronel Armando Díaz-Cuervo?

—No personalmente, pero sé que es uno de los militares nicaragüenses que goza de la máxima confianza del también coronel Ortega.

—Exacto. Daniel Ortega está… gobernando Nicaragua de un modo que nos está causando digamos… molestas preocupaciones. Es un hombre duro de pelar, dotado de una intransigencia muy considerable. Siempre hemos tenido problemas al tratar con él. Finalmente, a alguien de Washington se le ocurrió una… idea política que, según todos los antecedentes de nuestras relaciones con Ortega, éste debía considerar aceptable para iniciar de un modo

diferente y satisfactorio para ambas partes una nueva línea de negociaciones a alto nivel.

Brigitte miraba con cierta socarronería a Cavanagh.

—Para que yo esté segura de haberle entendido —dijo— ¿me está usted diciendo que alguien de Washington tuvo una «idea» tan razonable que el coronel Ortega no tendría más remedio que admitirla como buena para plantear las relaciones entre USA y Nicaragua de un modo nuevo y razonable, absolutamente admisible por parte de Ortega y de Nicaragua?

—Exactamente.

—Zambomba —sonrió la divina espía—, ¡qué buenos nos estamos volviendo los yanquis, señor! ¿Y cuál es esa idea luminosa?

—No se la puedo decir. Entre otras cosas, porque la desconozco. Es una idea que se ha mantenido en el máximo secreto, conocida solamente por los personajes más cercanos a la Casa Blanca. Es muy importante, pero de verdad, no sé en qué consiste, así que no puedo decírselo.

—En realidad me importan bien poco las «ideas» de los señores de Washington, y hasta me permito dudar que sean buenas para alguien que no sea Washington. Pero está bien, vamos a aceptar que de cuando en cuando la Casa Blanca hace ofertas admisibles al resto del mundo, y que en esta ocasión la idea iba destinada a Nicaragua y que ésta la va a estudiar y considerar para…

—Bueno, las cosas se han complicado un poco.

—Ah. Ya.

—¿Conoce usted a Allyson Rigg?

—No personalmente. Pero sé que es un diplomático de escasa categoría que alguna vez he visto en alguna recepción. Y si no recuerdo mal es un hombre bastante joven y yo diría que de aspecto agradable e inteligente.

—Sí —asintió Cavanagh—, pero según parece tiene un carácter un poco difícil, digamos… muy personal, y eso le ha dificultado muchas veces ascender lo que a él le habría gustado en la carrera diplomática. En cualquier caso, lo que no se puede negar es su inteligencia. Además, en efecto, es bastante joven, y muy dinámico y enérgico. Tiene cuarenta y dos años, y permanece soltero… Ése es otro de los puntos que dificultan su ascenso. Parece que un diplomático casado y estabilizado emocionalmente ha de resultar

más digno de confianza en cuanto a serenidad y todo eso.

—¡Qué tontería!

—Sí, pero así están las cosas. Como sea, lo cierto es que Allyson Rigg fue seleccionado para entrevistarse, en Nicaragua, con el coronel Armando Díaz-Cuervo, que tampoco es precisamente una perita en dulce.

—O sea, que Washington envió a Allyson Rigg para que se entrevistase con el coronel Díaz-Cuervo y le informara de la «idea» que Washington había tenido con respecto a un nuevo enfoque de las relaciones entre USA y Nicaragua. A continuación, el coronel Díaz-Cuervo habría trasladado esa idea al coronel Ortega, el cual, tras estudiarla y posiblemente considerarla aceptable, habría concertado una cita con Allyson Rigg para establecer cuándo, cómo y dónde se realizaría una reunión de alto nivel entre personalidades de ambos países con el fin de pulir y concretar más la idea, y, si cuajaba, ponerla en práctica a fin de iniciar un nuevo ciclo de relaciones satisfactorias para las dos partes.

—Exacto.

—Pero las cosas se han complicado un poco. ¿No?

—Eso le he dicho hace unos instantes.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Sabemos que Allyson Rigg llegó a Nicaragua, y que concertó la entrevista con el coronel Díaz-Cuervo. Luego, los dos hombres desaparecieron. Durante más de dos semanas hemos estado sin conseguir noticia alguna de ninguno de ellos, a pesar de haber movilizado a nuestro personal para que rastrease las pistas de ambos. Nada. Como si jamás hubieran existido esos dos hombres. De repente, esta noche nos llegó la noticia: el coronel Díaz-Cuervo y nuestro diplomático Allyson Rigg están prisioneros en Managua, en un lugar llamado Presidio Cochuacán.

—¿Presidio Cochuacán? ¿En Managua? Nunca había oído ese nombre.

—Nosotros tampoco, hasta hace muy poco.

—Bien, sea como sea supongo que habrá que pedirle explicaciones al coronel Ortega. Mejor dicho, primero decirle qué hacía Rigg en Nicaragua, y luego pedirle que nos explique por qué ha encarcelado a Rigg y a Díaz-Cuervo, ya que, a fin de cuentas, ambos iban a negociar para beneficio de Nicaragua.

—El coronel Daniel Ortega no tiene ni idea de todo esto.

—¡Cómo que no! —exclamó Brigitte, pasmada.

—Ni idea —insistió Cavanagh—. Él no sabía que llegaba Rigg, ni que su amigo Díaz-Cuervo iba a realizar esa maniobra sin avisarle previamente. No sabe nada de nada. Y está buscando ya muy enfadado a Díaz-Cuervo, y empezando a hacer sugerencias respecto a que la desaparición de su colega y amigo se debe a alguna de nuestras jugadas sucias. Está muy, muy enfadado.

—Es decir, que la situación ha empeorado en lugar de mejorar.

—Yo diría que las relaciones entre Nicaragua y USA se están deteriorando muy seriamente.

—Pero… Ortega debe de estar mintiendo, ¿no? Si Díaz-Cuervo y Rigg están presos en ese lugar llamado Presidio Cochuacán, él debe de saberlo. Y a estas alturas ya habrá sonsacado a los dos qué era lo que tramaban. Y si se ha enterado de la verdad, no puede estar enfadado con Estados Unidos. O sea, que él está mintiendo, ¿no es así?

—No. Tenemos la certeza de que no. Daniel Ortega está jugando limpio en este asunto, del cual, en efecto, no sabe nada. Como tampoco sabe nada de la existencia del Presidio Cochuacán.

—¡Vamos…! —protestó Brigitte—. ¡Esto es demasiado! ¡Cómo no ha de saber ese hombre que en Managua hay un presidio llamado…!

—No es propiamente un presidio —negó Cavanagh—. Tengo algunas fotografías que le gustará ver.

Cavanagh abrió por fin el portafolios, y sacó fotografías que fue entregando a Brigitte, comentándolas.

—Éste es nuestro diplomático, Allyson Rigg. ¿Es el hombre que usted recuerda?

—Sí —asintió la espía, contemplando aquel rostro enérgico, atractivo, de amplia frente y mirada directa—. Éste es el Rigg que he visto algunas veces en recepciones. Y este otro debe de ser el coronel Díaz-Cuervo.

—Exactamente. Su edad es parecida a la de Rigg, y también es un hombre de carácter bastante peculiar, muy parecido a Ortega, pero digamos más… astuto y dúctil. Hay situaciones que Ortega jamás aceptaría. En cambio, su amigo Díaz-Cuervo lo mira todo y lo escucha todo, le guste o no.

—A mí eso me parece más inteligente que la intransigencia de Ortega.

—Son dos hombres diferentes. Ortega tiene más… imagen. Eso lo sabe muy bien Díaz-Cuervo, que se ha convertido en su hombre fuerte, conformándose con ese puesto.

Brigitte estuvo todavía unos segundos contemplando el fiero rostro del coronel Díaz-Cuervo, de facciones toscas y sólidas, de ojos pequeños y vivos, de boca burlona rematada por tremendo bigotazo. Un mal enemigo, sin duda. La siguiente fotografía, también en colores, correspondía a una hermosa quinta, y Brigitte sonrió al verla. Era encantadora. No demasiado grande, rodeada de esplendido jardín con surtidor en el centro y formando una rotonda. Había verjas de hierro forjado separando los terrenos de la quinta de la avenida en la cual se hallaba ubicada. La casa era preciosa, con simpáticos toldos y balcones en todos los pisos, adornados con grandes macetones de flores.

—Es una casa encantadora —comentó la espía—; no me disgustaría pasar en ella unos días.

—Lo dudo —sonrió Cavanagh.

—¿Por qué motivo? Es preciosa. ¿Dónde está?

—En la Avenida Miraflores, de Managua.

Brigitte, simplemente, estuvo apenas un segundo como petrificada. Luego, dejó de mirar la fotografía para mirar a Cavanagh.

—¿Es el Presidio Cochuacán? —murmuró.

—Sabía que lo comprendería enseguida —asintió Cavanagh.

—Pero… esto es absurdo.

—Digamos que resulta chocante. Pero ahí dentro se están pudriendo en vida bastantes personas. Entre ellas, Allyson Rigg y el coronel Díaz-Cuervo.

Por supuesto, debemos contar con que son torturadas. En realidad, todo el Presidio Cochuacán es como… una enorme celda de castigo. Miles de personas pasan cada día por delante de tan encantadora quinta ignorantes de que es un lugar horroroso por dentro y donde varios detenidos sufren torturas infernales.

—¿Y el coronel Ortega no sabe nada de esto?

—No. Seguro. No sabe nada.

—Pero entonces… ¿quién lo sabe?

Cavanagh se quedó mirando fijamente a Brigitte Montfort, y ésta comprendió una vez más: ella debía averiguar quién sabía todo aquello. Ella, la agente «Baby», era quien tenía que ir a Managua, buscar la quinta en la Avenida Miraflores, asegurarse de que en efecto estaba allí, y si así era, sacar de su encierro, de aquella horrenda celda de castigo, a Allyson Rigg y, a ser posible, al coronel Díaz-Cuervo, para que hablase con Daniel Ortega, pues a la CIA no les haría el menor caso.

—No es nada fácil —murmuró Brigitte, sabiendo que Cavanagh y ella no precisaban más aclaraciones que las obtenidas telepáticamente—. Quiero decir que es un lugar encantador que parece de fácil acceso, pero, naturalmente, debe de ser una trampa enorme.

—Sin la menor duda. Cualquier persona que intentase entrar ahí se iba a llevar el susto de su vida. No suele verse nada inquietante en ella. Ni soldados, ni hombres armados, ni movimiento excesivo y ni mucho menos nada que delate actividades extrañas o peligrosas… A todos los efectos, es una encantadora quinta en la que entra y sale gente simpática, y eso es todo.

—Pero de alguien debe de ser esa quinta, ¿no?

—Sí, de alguien debe de ser, pero eso todavía no lo sabemos; estamos investigándola, naturalmente. Mas eso puede llevar tiempo. Mientras tanto, Rigg y el coronel Díaz-Cuervo se están pudriendo ahí dentro… sufriendo atroces torturas.

—Entiendo que el viaje de Rigg a Nicaragua era secreto.

—Sí. Solamente Díaz-Cuervo estaba al corriente de la llegada de Rigg.

—Sin embargo, alguien delató a Rigg, y cuando cazaron a éste cazaron también a Díaz-Cuervo.

—Podría ser eso. Pero también podría ser que alguien estuviera vigilando al coronel Díaz-Cuervo y cuando éste acudió a reunirse con Rigg ambos fueron capturados.

—¿Por qué habrían de vigilar a Díaz-Cuervo los propios nicaragüenses?

Cavanagh encogió los hombros.

—Es la única alternativa que tenemos si no deseamos pensar que la traición partió de Washington. Si nadie vigilaba en Nicaragua a Díaz-Cuervo está claro que Allyson Rigg fue traicionado. Y eso sólo

pudieron hacerlo desde Washington o el propio Díaz-Cuervo. Pero tenemos la certidumbre de que no ha sido Díaz-Cuervo. Primero porque, al parecer, él también ha sido capturado; y segundo y sobre todo, porque Díaz-Cuervo no es tan retorcido como para hacerse capturar con la persona a la que él mismo delata y que de todos modos habría de ver y escuchar sus propuestas. Esto aparte, Díaz-Cuervo sabe que nosotros sabemos que él sabía que Rigg iba a verle, y que sospecharíamos enseguida de él… Y sabe también que ni la Casa Blanca ni la CIA están dispuestas a aceptar esta clase de bromas. No, no ha sido Díaz-Cuervo el traidor.

—Entonces, alguien de Washington —dijo enfurruñada Brigitte —. Alguien que llegó a conocer esa idea luminosa para relacionar a Nicaragua con USA en base a nuevas perspectivas, y que no deseaba esas nuevas perspectivas de mayor entendimiento y amistad entre los dos países.

—Eso nos tememos. La lástima es que, lógicamente, a Rigg lo habrán torturado, y el pobre hombre ya habrá revelado la idea, de modo que los enemigos de ella estarán preparando su maniobra para que si la enviásemos a Ortega por otro conducto fuese rechazada. Lamentablemente, debemos dar por arruinado el asunto…, pero si bien los señores de Washington se resignan a ello, la CIA no está dispuesta a dejar pasar por alto una jugada de ese tipo. De modo que queremos recuperar a Allyson Rigg y a Díaz-Cuervo, los cuales, sin duda, podrían decirnos qué ha pasado y quién ha tenido la culpa, quién ha traicionado la idea y por qué.

—O sea, que la única solución que parece factible es sacar del Presidio Cochuacán a Rigg y a Díaz-Cuervo.

—Sí. Y parece fácil tomar por asalto esa quinta, ¿verdad? Pero precisamente esa aparente facilidad nos hace desconfiar. Tiene que ser un reducto inabordable, un cepo insalvable. Tenernos la sospecha de que la fuerza no serviría de nada, aparte de que no vamos a lanzar un comando de cien hombres en el centro de Managua… Bueno, hemos pensado que para entrar y salir de ahí con el objetivo cumplido había que recurrir a algún procedimiento especial.

—¿Y cuál es ese procedimiento especial? —se interesó Brigitte.

—Ya lo estamos utilizando: recurrir a la agente Baby.

—O sea —casi rió Brigitte—, que tengo que ser yo quien

realmente prepare algún plan que permita sacar de ahí a esos dos hombres. Ustedes son tan listos que me eligen a mí, y allá me las componga.

—En la Central existe la certeza absoluta de que usted conseguirá ese objetivo. Nos tiene usted mal acostumbrados —sonrió Cavanagh— hasta ahora nunca ha fallado.

—Ni fallaré ahora. Pero hay una cosa que me desilusiona bastante: ¿y si Rigg y el coronel Díaz-Cuervo no están ahí…, o han sido ya eliminados?

—Ambas cosas podrían ser.

—Pero debo averiguarlas yo, ¿no es cierto?

—Sí.

Brigitte volvió a mirar la fotografía encantadora de Presidio Cochuacán. Casi parecía un reto, un desafío a su capacidad de maniobra, de inventiva, de talento y valor. Era algo así como sacar la yema del huevo sin romper el cascarón; un cascarón que, por otra parte, no debía de ser nada fácil de romper.

—¿Usted cree —preguntó de pronto la espía— que con cien hombres, puestos a las malas, se podría invadir el presidio?

—Posiblemente. Pero sería a base de muchos muertos en una contienda que resultaría terrible y que afectaría a parte de la población civil de Managua. Por descontado, cometeríamos algún pequeño error que delataría nuestra intervención, y eso sólo serviría para empeorar la situación.

—Con lo que, para sacar de ahí a esos dos hombres, sólo me queda el recurso de utilizar guante blanco.

—Hágalo como quiera, pero hágalo.

—Voy a hacerlo a mi manera —Brigitte parecía divertida—. Pero luego que nadie me amoneste, ¿de acuerdo? Me fastidia mucho que gente más tonta que yo me llame la atención.

—Es comprensible —rió Cavanagh—. ¿Le suena el nombre de Nelson Úbeda?

—No.

Cavanagh tendió otra fotografía a Brigitte, que la miró todavía sonriente. Correspondía a un hombre de unos cuarenta años, muy atractivo, bronceado, de ojos inteligentes, labios sonrientes, barbilla sólida, cabellos castaño claro.

—¿Seguro que se llama Nelson Úbeda? —preguntó.

—Desde luego —se desconcertó Cavanagh.

—Pues yo creía que era Robert Redford. En fin, ¿qué papel juega en esto el señor Úbeda?

—Es un hombre muy inteligente, honesto, valiente… Es un millonario nicaragüense de la línea del coronel Díaz-Cuervo en cuanto a su visión y aceptación de las relaciones USA-Nicaragua. Es quien nos ha conseguido la información que hasta el momento hemos reunido para usted. Dicho con toda claridad: es nuestro principal hombre en Nicaragua.

—Oh, no —protestó Brigitte.

—Ya sabemos que no será tan eficaz como Número Uno —admitió Cavanagh—, pero el hecho de ser millonario no significa que sea tonto o cobarde, ni mucho menos. Hace mucho tiempo que trabaja para nosotros, no por dinero, desde luego, sino buscando siempre favores para Nicaragua a cambio de su cooperación con la CIA. Es un patriota subterráneo, que son los buenos, no los que gritan y rebuznan pidiendo cosas que a veces ni siquiera entienden.

—¿Sabía él que Rigg iba a Nicaragua a reunirse con Díaz-Cuervo?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero además confiamos en él. Y si estamos equivocados pronto lo sabremos, porque usted y él se van a poner en contacto para este asunto. Si hay alguna novedad, Úbeda la pondrá al corriente. La está esperando en su avión privado en un aeropuerto al cual llegaremos sobre las once de la noche.

—¿Él está esperando a Brigitte Montfort?

—No —sonrió Cavanagh, tendiendo un pasaporte a Brigitte— él está esperando a una señorita llamada Felicity Windsor; agente de la CIA, eso sí, pero ni remotamente debe de pensar que se trata de la agente Baby.

—Si tanto confían en él podían habérselo dicho.

—Con usted no queremos correr ni el más pequeño riesgo. Cenaremos en el avión, y luego yo regresaré a Washington pasando por cierto lugar donde tengo que sostener una entrevista para otro asunto… ¿Le apetece un poco de champán?

—Siempre he dicho que no hay mejor aperitivo para una buena cena que una copita de champán. Con guinda, por supuesto.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

Cavanagh se alejó hacia la cabina del avión, dejando a Brigitte sola en todo el amplio habitáculo para pasajeros. Hacia el este, por entre brumas, le pareció distinguir el mar. Luego, miró las fotografías que había ido colocando ante ella sobre el maletín de viaje. Su mirada quedó finalmente fija en el atractivo rostro de Nelson Úbeda.

Quizás en la realidad no se pareciera tanto a Robert Redford.

Capítulo II

A decir verdad, era más guapo que Robert Redford, mejor dicho, más natural, menos sofisticado. Cuando menos, no se ponía rimmel ni se maquillaba, lo que le confería un aspecto considerablemente más viril.

La estaba esperando en la salita de su *jet*, serio e impecable y acudió a su encuentro tendiéndole la mano.

—Sea bien venida, señorita Windsor —saludó.

—Muy amable, señor Úbeda. Tiene usted un hermoso avión.

—Ventajas de ser multimillonario —sonrió el nicaragüense—. ¿Verdad que es sorprendente que en Nicaragua existan millonarios?

—Millonarios los hay y los ha habido siempre en todas partes. Cuantos más problemas tenga un país más millonarios tiene…, siempre y cuando estén de parte del grupo que tiene el poder, claro. Aunque algunos son tan listos que saben mantenerse millonarios en todo momento, sea quien sea el que ocupe el poder.

—¿Me cuenta entre estos últimos? —Casi rió Úbeda.

—Por supuesto. Usted debe de tener el grueso de su fortuna repartida entre Suiza, Brasil, Estados Unidos y quizá Japón; mientras tanto, va dejando caer migajas en Nicaragua, y todos dicen que es usted muy generoso y patriota…, y todos contentos, empezando por usted.

—Ha acertado completamente —asintió Úbeda—. ¿Desea retirarse a descansar o prefiere que charlemos un rato? Puedo ofrecerle una copa de champán.

—Hoy es mi día —suspiró Brigitte— he tomado champán antes, durante y después de la cena, y voy a tomar champán de nuevo durante la velada tardía en este hermoso artefacto. Acepto su copa, señor Úbeda.

Éste permaneció todavía quizás un par de segundos de más contemplando como fascinado a su recién llegada pasajera e

invitada. Preciosa. Rubia, de ojos azules, boca encantadora, un hoyuelo vertical en la barbilla… El cuerpo se adivinaba espléndido bajo el ligero abrigo que, precisamente en ese momento, la señorita Windsor comenzó a quitarse, haciendo reaccionar a Úbeda para ayudarla.

—Permítame… Acomódese, por favor. Iré a dar las órdenes para despegar y para que nos sirvan el champán. ¿Entregó ya su equipaje a Raúl?

—¿Raúl es ese sujeto guapo y estirado que parece homosexual?

—Sí —casi rió Úbeda.

—Pues le entregué mi equipaje. Espero que no se esté probando mi sujetador o mis braguitas.

Nelson Úbeda soltó una carcajada, dejó el abrigo de Brigitte a un lado, dirigió una mirada indecisa al maletín rojo con florecillas azules que la espía había colocado en el sofá junto a ella, y abandonó la salita. Regresó apenas dos minutos más tarde, encontrando a Brigitte absorta, precisamente pensando en un millonario que se juega la vida, los goces y la fortuna por involucrarse en una de las actividades más sucias del mundo, el espionaje. Chocante. Aunque… ¿realmente era chocante? Sin ir más lejos, ella hacía lo mismo, y era muchísimo más rica que Nelson Úbeda y que cien Úbedas juntos…

—Un saludo radiado para usted desde el avión que la ha traído hasta aquí —llegó diciendo Úbeda—. ¿Sabe usted en qué aeropuerto nos encontramos?

Brigitte lo miró irónicamente. No había visto nombre alguno en el aeropuerto, pues habían aterrizado en zona alejada, donde esperaba el *jet* de Úbeda, al cual se había trasladado en coche negro cerrado. Hacía viento, y hacía el sur podían verse las estrellas como trozos de hielo azul.

—No —mintió Brigitte—, no sé dónde estamos, ni me importa.

—Claro. Enseguida nos servirán el champán, apenas hayamos despegado. Despegaron en dos minutos. Inmediatamente, apareció Raúl, el guapo y estilizado sujeto que había recibido a Brigitte al subir ésta al avión. Lejos de molestarse por ello, Brigitte se había alegrado, pues le pareció una medida de prudencia por parte de Úbeda no dejarse ver en la entrada a su avión ni siquiera siendo tan remoto el riesgo de ser visto por alguien.

Raúl sirvió el champán en silencio, y desapareció, inmutable. A Baby le cayó bien el tal Raúl.

—Además de ser su amante…, ¿es su ayuda de cámara, secretario, hombre de confianza y todo eso? —inquirió.

—¿Quién? ¿Raúl?

—A él me refiero, en efecto.

—Es todo lo que usted ha dicho menos mi amante. Ni él ni yo somos homosexuales.

—Lástima.

—¿Lástima? —se sorprendió Úbeda—. ¿Preferiría usted que ambos fuésemos homosexuales?

—Sí, porque así no intentarían nada conmigo. Soy tan hermosa que todos los hombres con los que llego a relacionarme terminan por pedirme sexo tarde o temprano.

—Entendido —asintió Úbeda— en esta ocasión nadie le pedirá sexo. ¿Satisfecha?

—Sí. Me gusta el sexo, pero sólo cuando yo quiero y con quien yo quiero. Detesto que me acosen los hombres guapos.

—Aclaradas las posiciones —aceptó Úbeda.

—Perfecto. ¿Alguna novedad respecto a nuestro asunto?

—Sí. He conseguido unas fotografías que le gustará ver… Es decir, no le gustará lo que verá, pero desde luego le interesa verlas.

Tendió un sobre a Brigitte, que tras beber un sorbito de champán lo tomó y extrajo de él las fotografías. Nada más ver la primera sintió como un leve y súbito vacío en el estómago; acto seguido apretó los labios, y alzó la mirada hacia el expectante Nelson Úbeda.

—¿Cómo las ha conseguido? —murmuró.

—Con dinero.

La espía asintió, y regresó su atención a las fotografías.

La primera, que le había producido aquella desazón, pertenecía a Allyson Rigg…

Sí, era él, aunque no resultaba precisamente fácil reconocerlo, debido al estado en que se hallaba su rostro: llevaba barba de un par de semanas, y había sido golpeado y machacado hasta casi convertirlo en irreconocible: uno de sus ojos estaba cerrado por la tremenda inflamación, tenía los dos pómulos partidos, la nariz hinchada…, pero era Allyson Rigg, ciertamente. El otro, del cual

también había tres o cuatro fotografías, era el coronel Armando Díaz-Cuervo, y su estado no era mejor que el de Allyson Rigg; casi se diría que peor, pues además de la brutal paliza al coronel Díaz-Cuervo le habían afeitado el bigote y todos los pelos de la cabeza, sin duda buscando someterlo a una mayor humillación.

El aspecto de los dos hombres era impresionante.

Brigitte asintió, y devolvió las fotografías a Úbeda, murmurando:

—Es decir, que usted compró a alguien que puede entrar y salir de Presidio Cochuacán y además tomar fotografías en su interior.

—Sí. Pero tuve que proporcionarle yo la microcámara y enseñarle su funcionamiento. Y no fue fácil… ni barato convencerlo.

—¿Necesita usted dinero?

—No —sonrió desganadamente Úbeda—. Simplemente, lo he comentado. Quiero decir con esto que puede tener la seguridad de que la gente que vigila el Presidio Cochuacán no son precisamente angelitos.

—Si usted ha sobornado a uno yo puedo sobornar a cien.

—Lo dudo. Pero además no me parecería prudente ponerse en evidencia.

—Usted lo ha hecho. En estos momentos, al menos uno de los carceleros de Cochuacán sabe que el millonario señor Úbeda está interesado por los presos Rigg y Díaz-Cuervo.

—Al aceptar dinero por trabajar para mí a ese hombre le interesa tener la boca cerrada. No lo pasaría bien si sus jefes se enterasen de que me ha conseguido estas fotografías.

—Quizá lo ha hecho sólo para asegurarse de las actividades de usted, y en estos momentos le ha denunciado a sus jefes…, a los que previamente habría informado de su propuesta. Es muy posible que sus propios jefes le hayan facilitado la toma de esas fotografías y sus relaciones con usted, que deberá proseguir para enterarse de sus asuntos y ver qué está usted tramando.

Nelson Úbeda había palidecido intensamente.

—No se me ocurrió eso —murmuró.

—Señor Úbeda, las personas deberían dedicarse solamente a lo que saben hacer bien…, especialmente cuando está la vida en juego.

—Puede que yo no sea tan gran espía como usted —masculló él —, pero llevo mucho tiempo haciendo cosas de espionaje, y hasta

ahora he sido útil tanto a la CIA como a mi país.

Brigitte Baby Montfort movió la cabeza con un gesto amable.

—Cada persona tiene sus límites, y eso deberíamos tenerlo todos bien presente en todo momento. Pero, en fin, tenemos las fotos, así que, según todas las apariencias, sabemos cómo están las cosas. ¿Cuándo consiguió las fotos?

—Anoche, antes de avisar para este contacto.

—Ya. ¿Cuántas probabilidades entre cien admitiría usted respecto a que Rigg y Díaz-Cuervo siguen con vida?

—No sé... Bueno, lo seguro es que, sea como sea, ellos les han dicho a los de Cochuacán todo lo relacionado con el asunto que trajo aquí a Rigg, sea cual sea ese asunto.

—Eso desde luego, y la CIA y la Casa Blanca ya han aceptado y asumido el fracaso de la gestión diplomática secreta de Rigg y de la idea que debía propiciar y fomentar una nueva línea de relación entre Estados Unidos y Nicaragua... El plan ha sido abandonado, por el momento. Yo estoy en viaje hacia Nicaragua para rescatar a Rigg y saber quiénes han interferido en el asunto. ¿Seguro que no ha sido personal de Daniel Ortega?

—Seguro. Siguen buscando a Díaz-Cuervo.

—Bien. Tenemos, ahora, dos posibilidades. Una de ellas, rescatar al coronel Díaz-Cuervo y a Rigg..., o a uno de los dos; la otra, es tener una charla con el sujeto que le ha proporcionado a usted estas fotografías. ¿Quién y qué es él?

—Se llama Julio Magallón, y es simplemente uno de los guardianes del Presidio Cochuacán. Un muerto de hambre al que diez mil dólares han convertido en millonario.

—Ya. ¿Por qué lo eligió a él para sobornarlo?

—Estuve investigando a varios antes de dar ese paso, y Magallón me pareció el más adecuado para ofrecerle una pequeña fortuna.

—Diez mil dólares no es una fortuna.

—Para usted y para mí, no, pero para él es una enormidad.

—Claro. Bien, tendremos que sostener una charla con Magallón antes de pensar en asaltar de algún modo el Presidio Cochuacán. ¿Cree que tendremos alguna dificultad en charlar con Magallón?

—No, en absoluto, si lo hacemos con la discreción debida.

—¿Digamos... el mismo sistema que utilizó usted? —sonrió Brigitte.

—No me fue mal —se mosqueó Úbeda.

—¿Qué sistema utilizó?

—Uno de mis empleados alquiló un apartamento en el edificio contiguo al de Magallón. Por la noche, le visitó, y le hizo la oferta…

—¿Le visitó directamente?

—No: pasando por los patios de atrás.

—Ah. O sea, que primero utilizó usted intermediarios. Espero que sean de confianza.

—Absoluta. Bueno, cuando Magallón estuvo maduro yo le visité también por la parte de atrás, le dije lo que quería exactamente de él, y él dijo que podía conseguir allá dentro algunas cosas, pero que no esperase milagros. Le dije que quería saber si Rigg y Díaz-Cuervo estaban presos o habían muerto… Bueno, cuando le ofrecí diez mil dólares no tardamos mucho en llegar a un acuerdo.

Brigitte asintió.

Tendió la mano. Úbeda, interpretando el gesto, volvió a entregarle las fotografías, que la espía examinó con mayor detenimiento, tanto que comenzó a intrigar a Úbeda, hasta que finalmente, éste preguntó:

—¿Qué sucede?

—Nada —le miró ella lentamente—. ¿Mantiene usted vigilado a Magallón?

—Pues no… Claro que no. ¿Para qué?

—Cuando menos, para asegurarse de que no haga ninguna tontería, como por ejemplo comenzar a gastar mucho más dinero del que es habitual en él.

Eso podría llamar la atención de alguien, vigilar a Magallón, apresarlo y apretarle las clavijas para que él les diga de dónde ha sacado tanto dinero…

¿Usted no conoce el sistema del cuerpo policial dentro de otro cuerpo policial? Por ejemplo, la CIA dispone de personal dedicado a vigilar al personal de la CIA. ¿Comprende?

—¿Y quién vigila al personal que vigila al personal de la CIA?

—Otro personal —sonrió la divina—. Mire, señor Úbeda, si a Magallón le aprietan un solo tornillo ya puede usted darse por delatado.

—Tengo buenos amigos en el Gobierno de Nicaragua, que comprenderían mis razones y motivos para hacer todo que he

estado haciendo durante estos años colaborando con la CIA pero básicamente consiguiendo privilegios insólitos para mi país. No me pasaría nada; incluso Daniel Ortega es amigo mío.

La más implacable y astuta espía del mundo estaba pasmada.

—Cielo santo —murmur—. No estoy hablando del Gobierno de Nicaragua, señor Úbeda; ni de los amigos de usted, incluido el coronel Ortega: estoy hablando de la gente que ha organizado todo esto, de la gente que ha interceptado a Rigg y a Díaz-Cuervo con el más que evidente propósito de impedir que se establezcan nuevas y mejores relaciones entre su país y el mío. Y esa gente, ciertamente, no creo que sea el coronel Ortega y el Gobierno nicaragüense, sino personas que sirven o tienen otros intereses. Estas personas podrían ser de Washington o de Managua, pero ni son el presidente Reagan ni el coronel Ortega, sino los gusanos traidores de siempre, los que anteponen sus propios intereses a la amistad, a la patria, al amor y hasta al mismísimo Dios. ¿Me comprende usted?

—Sí… Sí.

—No parece muy seguro.

—Sí, la comprendo. Y seguramente tiene razón, como lo prueba el hecho de que Daniel Ortega ignore la existencia del Presidio Cochuacán.

—Un presidio —sonrió secamente Brigitte— al servicio de ese grupo de gente, digamos… al servicio de un gobierno dentro del gobierno de Ortega, al cual estarían traicionando.

—Pero usted ha dicho que la traición también podría partir de Washington, ¿no? Así que… ¿cómo saber la verdad y qué es lo que se proponen sean quienes sean ese grupo?

—Con un poco de suerte quizá lleguemos a resolverlo todo.

—Ya. Y usted siempre ha tenido la suerte de su lado, además de ser la más eficaz espía del mundo.

—¿Yo? —se sorprendió graciosamente Felicity Windsor—. Vamos, señor Úbeda, usted no sabe lo que dice. Soy solamente una agente de la CIA que…

—Escuche, quizá yo sea un poco ingenuo, inexperto y hasta torpe, pero no soy tonto, ¿de acuerdo? A ver si piensa que yo me he creído ni siquiera por un segundo que usted es sólo una agente de la CIA llamada Felicity Windsor y que es rubia. ¡Maldita sea mi estampa, no soy tan, tan, tan tonto! Llevo un montón de años

oyendo hablar de usted, y cuando en mi país ocurre algo que finalmente requiere un espía fuera de serie para resolverlo, me dicen que envían una mujer y que se llama Felicity Windsor. Pues muy bien, quizá su verdadero nombre sea ése, pero deje de considerarme tonto total, sea tan amable, agente Baby.

Felicity Windsor sonrió.

—Entre unas cosas y otras se ha hecho muy tarde —dijo—. ¿Cuánto rato podré dormir hasta llegar a destino?

—Sólo tiene que calcularlo utilizando los datos velocidad por distancia.

—No se ponga antipático —rió la divina—. Ah, una última pegunta: ¿cómo entraré en Nicaragua? Porque si aterrizamos en Managua seré vista al abandonar el avión, ¿no es así?

—¿Qué le parece si deja eso en mis manos? —propuso enigmáticamente el apuesto multimillonario.

—Me encanta que de cuando en cuando sean los demás los que asuman las responsabilidades de algo. ¿Sabe? es muy cansado tener que resolver siempre las cosas una misma. Y ahora, si me indica cuál es mi camarote, dedicaré el resto de la noche a descansar..., después de que me haya servido otra copa de champán, si es tan amable.

Úbeda le sirvió la copa, estuvo unos segundes contemplándola fijamente, y por fin, de pronto, sonrió y dijo:

—Usted tiene ángel, desde luego.

—¿Se refiere al ángel de la guarda?

—No —rió el nicaragüens—. ¡Me refiero a que usted es un ángel!

—Huy —entornó los ojos la bellísima espía—, hay mucha gente muerta que me parece que no estaría de acuerdo con usted, señor Úbeda.

* * *

Nunca soñaba con los muertos. Había matado a tantos canallas que había perdido la cuenta. Tal vez era por eso que nunca soñaba con ellos. En realidad, Brigitte casi nunca soñaba, tenía un sueño directo, hondo y total; no necesitaba dormirse para recibir mensajes de su sabiduría interior, y no necesitaba recuerdos desagradables.

Despierta, recordaba las cosas agradables, y dormida, simplemente descansaba.

Sin embargo, algunas pocas veces sí soñaba. A veces cosas normales y más o manos triviales, y a veces cosas extrañas. Por ejemplo, aquella noche, en su camarote del *jet* de Nelson Úbeda, estaba soñando que ella era un ángel hermosísimo, por supuesto dotado de bellísimas alas de blancura infinita, que iba volando por un deslumbrante cielo de amanecer sobre un mar de azul infinito casi tan bello como el del cielo…

Desnuda y alada, hermosísima, tierna, con todo su ser empapado en el gozo de vivir en la madre Tierra, volaba en un silencio que ni siquiera rompía un solo susurro de sus alas hechas con seda solar. Todo era azul y dorado, y lejos se divisaba el pardo colorido de una tierra virginal donde la vegetación no era solamente verde, sino de todos los colores imaginables.

Era todo tan bello, tan espléndido, tan refulgente e inimaginable que el goce por la Vida iba aumentando en sus sensaciones angélicas.

Y de pronto, aparecieron los dos pajarracos negros.

Iban surcando el cielo muy velozmente, como si tuvieran una prisa que a todas luces era innecesaria. Ella los miró, entre sorprendida e irritada, porque aquellos dos feos pajarracos rompían toda la armonía del cielo, del mar, de la tierra y las flores. Bien cierto es que cada criatura tiene su forma y su color, y que hay que aceptarlas así, aparte del hecho de que, bien mirado, todo es bello en la Vida…

Pero aquellos dos pajarracos no le gustaron a la angélica Brigitte, a pesar de que ella había decidido hacía tiempo que tenía que gustarle todo.

No le gustaron nada. Nada, nada, nada.

Y todavía menos cuando, de repente, los dos pajarracos dirigieron el rumbo de su vuelo hacia ella, graznando y abriendo sus picos enormes agresivamente.

El ángel desnudo y alado tuvo que hacer una veloz maniobra con sus alas de seda solar para esquivar la feroz acometida de los dos pajarracos, los cuales pasaron casi tocándola e intentando alcanzarla con sus temibles picos dentados. En muy poco espacio, dieron la vuelta, y regresaron dispuestos a otro ataque…, dispuestos

a no cesar en él hasta derribar al hermosísimo ángel de ojos azules.

Brigitte Montfort despertó en ese mismo instante. Sin sobresalto aparente, pero sí abriendo mucho los ojos. Se quedó mirando el techo de su reducido camarote, inundado hacía apenas unos segundos por la dorada luz del amanecer, que penetraba por la circular ventana.

La espía parpadeó. De pronto, saltó del lecho, y sin ponerse nada encima del breve pijama corto y florido, abandonó el camarote. Ni se molestó en llamar a la puerta del de Nelson Úbeda; simplemente, entró, se acercó al lecho donde Úbeda dormía, y lo sacudió un poco.

—Señor Úbeda.

Éste sopló, farfulló algo, y, de repente, abrió los ojos. Se quedó mirando desconcertado totalmente a Brigitte, que señaló hacia la redonda ventana y dijo:

—Nos van a atacar.

Capítulo III

—¿Qué? —Pareció no entender Nelson.

—Que nos van a atacar desde el aire con dos aviones, probablemente dos cazas. ¿Hay en su avión algún sistema defensivo?

—Pero… ¡¿qué está diciendo usted?! —Se sentó en la cama de un brinco el nicaragüense.

—Supongo que estamos cerca de Nicaragua, a punto de avistar Mosquitia, después de viajar toda la noche sorteando espacios aéreos comprometidos… Y nos van a atacar muy pronto.

—¿Cómo puede saber eso?

—Digamos que me he desdoblado y he visto los dos aviones.

Úbeda estuvo un momento contemplando incrédulamente a la espía norteamericana. De pronto saltó de la cama, asimismo en pijama, y se dirigió hada la puerta, que permanecía abierta.

—Quede tranquila —dijo— harían falta más de dos cazas para derribar mi *jet*. Y si lo que buscan es pelea la van a encontrar…, además de una desagradable sorpresa.

Salió del camarote, seguido por Brigitte. Se volvió a mirarla, y ella, simplemente, sonrió. Úbeda comprendió que fuese lo que fuese lo que él hiciera, ella quería saberlo, así que le acompañaría. Nada que objetar.

Instantes más tarde entraban ambos en la cabina de mandos del aparato, ante los cuales había un solo hombre, que se volvió a mirarlos sorprendido.

—Ah, señor Úbeda, estamos…

—Despierta a los demás. Todos a sus puestos: vamos a ser atacados por dos cazas. Maldita sea, Santi: ¿por qué no tienes en funcionamiento el radar especial?

—Bueno, señor Úbeda, estamos tan seguros en esta ruta, y yo solo a los mandos… Lo conecto enseguida.

Santiago conectó el radar, en el que no apareció nada preocupante. Por un momento, Úbeda miró con gesto entre irónico e irritado a Brigitte, pero recordó quién era ésta, y el hecho de que durante tantos años nunca hubiera conocido el fracaso, y, menos todavía nadie hubiera conseguido matarla.

—O el radar va mal, o quizá todavía están demasiado lejos —dijo—. No lo desconectes.

—Esos cazas vienen volando prácticamente tocando el mar con sus panzas —dijo Brigitte—. Pronto los veremos aparecer por debajo de nosotros… No puede ser de otro modo.

—Si usted lo dice… —titubeó el piloto.

Raúl apareció en la cabina, terminando de vestirse.

—¿Ocurre algo, señor? —inquirió.

—Sí. Ve a llamar a los demás. Listos para combate.

Raúl dirigió una viva mirada de alarma al radar, y desapareció. Antes de transcurridos quince segundos llegaron los otros tres hombres de la dotación del *jet*. El copiloto, el encargado de los sistemas de emergencia, y el artillero, que se colocó ante una pantalla y la encendió, mirando a Úbeda, que dijo:

—Batería total. Si vienen a por nosotros no vamos a darles ninguna oportunidad.

—Desde luego, señor.

—Aquí los tenemos —exclamó Santi.

Todos miraron la pantalla del radar especial, en la que habían aparecido dos estrellitas azules que se desplazaban suavemente.

—Están a menos de cinco kilómetros —dijo el copiloto— nos han detectado ellos también, y suben a por nosotros.

—Maldita sea —casi rugió Nelson Úbeda—. ¡Esto sólo puede ser debido a que ese hijoputa de Magallón nos ha traicionado!

—No sólo significa eso —dijo Felicity Windsor—, sino que la gente de la que hablamos anoche dispone de muchos y poderosos recursos, pues de otro modo no habrían podido tenerlo más o menos controlado durante su viaje de ida y vuelta a Estados Unidos. Cuando menos, disponen de personal y material suficiente para haber cubierto las posibles rutas de su regreso, y haberlo detectado… Y ciertamente, además, disponen de varias parejas de cazas, que han colocado en esas varias posibles rutas de regreso. La que nos va a atacar es solamente una de esas parejas.

—O sea —jadeó Úbeda—, que ese grupo del que usted habla puede incluso disponer de efectivos militares de mi país.

—Naturalmente.

—Pero eso significa que algún militar de alta graduación de los que dicen estar de parte de Daniel Ortega en realidad pertenecen a ese grupo traidor. Pero como Ortega cree que es fiel le ha otorgado el mando de parte del Ejército… ¡Por todos los demonios!

—No se lo tome por lo trágico —sonrió secamente Baby; señaló hacia delante y un lado—. Ahí los tenemos.

Efectivamente, los dos «pajarracos» aparecían en el horizonte, como emergiendo del mar, lanzados a toda velocidad, sin la menor duda dispuestos a derribar el *jet* de Úbeda…, pero no tan simple y rudimentariamente, como ya esperaba Brigitte. La llamada en la radio no la sorprendió a ella en absoluto.

El copiloto atendió la llamada, con sonido para toda la cabina, a una seña de Úbeda. Ni siquiera tuvieron tiempo de preguntar nada. Una voz sonó, clara y nítida, tajante, en castellano, en la cabina del *jet*.

—Les vamos a sobrevolar y acto seguido nos colocaremos detrás del *jet*. Pongan rumbo 764 de las rutas privadas y dispónganse a aterrizar en el aeródromo que se les indicará oportunamente. Si no obedecen, serán derribados.

—Pregúnteles de qué aeródromo se trata —susurró Brigitte al oído del copiloto.

Éste obedeció. La respuesta fue tajante: ya verían cuál era el aeródromo cuando llegasen a él. Brigitte volvió a susurrarle al oído al copiloto, que insistió en estos términos:

—Estamos dispuestos a obedecer las indicaciones de nuestra Fuerza Aérea, y así me lo indica expresamente el propio señor Úbeda. Pero él quiere saber por qué nos interceptan y adónde tenemos que ir.

—Obedezcan sin rechistar o los derribaremos —fue la respuesta tajante y definitiva.

—Ataquen ustedes —dijo fríamente Brigitte— a ver si es verdad que quien pega primero pega dos veces.

—Hacedlo —masculló Úbeda—. Y no falléis, o nos vamos destrozados al fondo del mar.

Los dos cazas sobrevolaron el *jet*, efectuaron la maniobra para

regresar y colocarse detrás, y de nuevo enviaron un mensaje radiado:

—Todavía no están en la ruta correcta. Les recordamos que es la…

Desde el *jet* partieron dos pequeños misiles dejando una delgadísima estela blanca y tan recta que parecía imposible. Un segundo más tarde, a más de quinientos metros de distancia, uno de los cazas fue alcanzado de lleno, y se convirtió en el acto en una bola de fuego de tal intensidad que por un instante hizo palidecer el amanecer solar. Los restos del aparato se dispersaron, creando como una roja estrella de fuego que se disolvió rápidamente y cayó hacia el mar como una lluvia de cenizas gigantes.

El otro misil pasó a más de treinta metros del segundo caza, que quedó brevemente iluminado, como teñido en sangre, por la explosión de su compañero. La maniobra que efectuó fue velocísima y perfecta, apartándose de la trayectoria de nuevos disparos, elevándose mostrando el vientre y alejándose…, para estabilizarse y efectuar un giro que comenzó a acercarlo a estribor del *jet.*

Era la maniobra lógica, y, normalmente, debería terminar con el derribo del avión de Nelson Úbeda, pero Brigitte miró a éste un instante, y comprendió que la cosa no era tan simple, que Úbeda había convertido su avión en una auténtica fortaleza volante y bien preparada para defenderse y atacar. El dinero. Con él se puede comprar desde un globito de colores a un portaaviones…

El caza comenzó a disparar muy pronto, y durante un par de segundos en el ámbito aéreo del *jet* pareció que el aire se convirtiera en fuego crujiente.

El aparato fue alcanzado por algunos impactos en popa, y se zarandeó. En los paneles de emergencia apareció una lucecita roja…

El artillero había cambiado la imagen de su pantalla, y procedió a disparar de nuevo; tal como había sospechado Brigitte, los misiles partieron esta vez por la banda de estribor, directos hacia el caza. La espía se imaginó el sobresalto, el espanto del piloto del caza, pero, ciertamente, no le duró mucho, pues los dos misiles le alcanzaron de lleno y a la vez, y, simplemente, lo reventaron y lo lanzaron destrozado hacia el cielo y el mar.

—Una cosa es segura —dijo sarcásticamente la espía— quienes

quiera que sean los traidores saben muchas cosas…, pero no conocen bien las posibilidades de su avión, señor Úbeda.

—Por favor, llámeme Nelson —suspiró éste—. ¿De modo que se desdobló y vio los dos aviones acercándose?

—Más o menos —rió Felicity—. Bueno, ya que estamos todos despiertos podríamos aprovechar para desayunar. A mí, ver el mar al amanecer me abre el apetito.

Los seis hombres estuvieron un par de segundos mirándola parados, sin darse cuenta todavía de la gran tensión a que habían estado sometidos. De pronto, Úbeda rió, y los demás le imitaron. Pero todos comprendieron que si no hubieran llevado a bordo a la señorita Windsor ahora estarían en el fondo del mar…, o en ruta hacia cierto aeródromo desde el cual, sin duda, habrían sido trasladados a Presidió Cochuacán. Y cabía preguntarse cuál de las dos cosas era la peor.

—Dadas las circunstancias —dijo Brigitte poco después, mientras desayunaba con Nelson en el saloncito— no me parece prudente que aterricemos en Managua. Desde un ataque directo a cualquier «accidente» fortuito, puede sucedernos cualquier cosa. Sin contar con la delación de sus actividades a favor de la CIA, de tal modo que Daniel Ortega tendría que ordenar su detención.

—Quien me denuncie a Daniel se pondrá en evidencia.

—La denuncia puede ser anónima. Y si al llegar encontramos un pelotón de soldados aguardando la llegada de su avión, y a mí me encuentran dentro, tendríamos que dar muchas explicaciones… poco convincentes.

—O sea, que por fin me he metido en un lío que no puedo ocultar.

—Me temo que así es, Nelson.

—Bueno, pero usted resolverá la situación, ¿no es así? Y no puede demorar mucho en hallar esa solución, pues nuestra reserva de combustible está agotándose.

—Volaremos hacia Panamá —sonrió Baby—. Cuando estemos cerca tendrán que dejar la radio a mi disposición, y eso será todo.

—Es decir, que tendremos que aterrizar en alguno de los campos norteamericanos y seguramente de la CIA en Panamá. ¿Y cómo terminaremos el viaje hasta Managua? ¿En helicóptero?

—Ya hemos volado demasiado. Y a propósito de vuelos… Está

claro que en alguna de las bases de la Fuerza Aérea nicaragüense faltarán dos cazas, hecho que no puede ser ocultado a determinado nivel. ¿Tiene usted amigos con posibilidades de enterarse de cuál es esa base y quién está al mando de ella?

—Desde luego.

—Pues habrá que hacerlo en cuanto pueda comunicarse con esos amigos.

—De acuerdo. Es decir, que ahora tenemos dos pistas… Una, la que representa ese maldito cerdo de Julio Magallón. Dos, la que representa el jefe de la base desde la cual han partido los dos cazas que hemos derribado.

—Ajá.

—Y si lo entiendo bien, usted llamará a la station de la CIA en Panamá, pedirá sitio seguro para aterrizar, medio de transporte hacia Managua, armas, y, en fin, todo lo que haga falta. Y lo tendrá.

—Incluido champán —rió la divina.

Nelson también rió, tomándose esto como una broma. Pero la broma resultó verdad. Ciertamente, la CIA indicó al *jet* dónde debía aterrizar, en cierto aeródromo privado y discreto en el cual quedó el *jet* del millonario nicaragüense al cuidado de su tripulación, mientras la señorita Felicity Windsor, el señor Úbeda y su secretarlo Raúl Lorente fueron trasladados en un formidable helicóptero a cierto punto de la costa sur de Panamá, donde aguardaba un formidable yate de veinte metros de eslora, con doce hombres armados hasta los dientes y dotados de toda clase de equipo táctico. Con este equipo, la CIA de Panamá llamó a la CIA de Nicaragua pidiendo información respecto a qué base de la Fuerza Aérea nicaragüense había perdido «inexplicablemente» dos cazas, y quién era el comandante de esa base. Además de los doce hombres armados, había a bordo del yate en cuestión (cuyo nombre era Amanecer), dos cocineros y dos camareros, evidentemente dispuestos a todo con tal de contentar y complacer a la señorita Windsor con la misma devoción que los hombres armados hasta los dientes, tanto los del yate como los del helicóptero, como los del aeródromo, ninguno de los cuales dejó de vigilar en torno a la rubia encantadora hasta que ésta se halló en el yate, y éste puso rumbo a Nicaragua.

Y fue entonces cuando la señorita Windsor se instaló en la

cubierta de popa, sobre una colchoneta, dispuesta a tomar el sol que, a las diez de la mañana, comenzaba a calentar de veras. Sentado a su lado en una extensible, Nelson Úbeda estaba pasmado por el torbellino que había creado la espía, y absolutamente fascinado por la belleza de su cuerpo.

—¡Y yo me las daba de gran espía! —exclamó por fin.

Brigitte se echó a reír, y ofreció:

—¿Me permite devolverle su invitación a champán, Nelson?

Éste iba a replicar cuando apareció uno de los camareros portando un carrito con un cubo de plata lleno de hielo rodeando una botella de Dom Perignon, junto a la cual había un tarrito con guindas y dos copas. Todavía estaba el camarero sirviendo el champán en las frías copas cuando apareció uno de los atletas rubios en la cubierta, y dijo:

—El comandante Ramiro Avellaneda, de la base que engloba León.

—Gracias, Simón.

—¿De qué habla? —preguntó Úbeda.

—Del militar que facilitó la salida fuera de programa de los dos cazas que hemos derribado esta mañana. De todos modos, cuando lleguemos a Nicaragua recurra usted a sus amistades para asegurarse.

—Conozco a Avellaneda —jadeó Nelson—, ¡y no puedo creer que sea un traidor, no él, maldita sea!

—Bébase el champán —aconsejó Brigitte— va bien contra los disgustos.

* * *

Conforme al programa establecido por la agente Baby, el yate llegó a cierto lugar de la costa nicaragüense al anochecer. Allí estaban esperando dos automóviles y seis hombres, uno de los cuales conferenció aparte durante unos minutos con Felicity Windsor, a quien finalmente entregó un paquete, que la espía colocó sobre su equipaje recién desembarcado. Terminada la conferencia, los seis hombres abordaron el yate, y eso fue todo.

—Ahora vamos a separarnos —dijo Brigitte al desorientado Úbeda—. Usted y Raúl utilizarán un coche para trasladarse a un

lugar seguro pero desde el cual tengan cierta facilidad de movimientos y, sobre todo, de comunicación con sus amigos presumiblemente fieles al coronel Daniel Ortega. Asegúrese muy discretamente del asunto del comandante Avellaneda, pero no me llame usted por la radio salvo que peligre su vida y precise mi ayuda. ¿Comprende?

—Sí. Pero… ¿Qué radio?

—Aquí tiene dos —se las entregó Brigitte— una para usted y otra para Raúl por si han de separarse aunque sea momentáneamente, si bien mi consejo es que no lo hagan. Nelson: recuerde que alguien sabe que usted está apoyando a la CIA, y que ya pretendieron matarlo esta madrugada.

—Sí, y sé que estoy en el gran lío de mi vida… ¿Qué va a hacer usted?

—¿Dónde buscaría usted a Julio Magallón? —preguntó a su vez Baby.

—Pues… en su casa, ¿no? O cerca de Presidio Cochuacán, esperando verlo entrar o salir.

—El Presidio Cochuacán está sometido a vigilancia por la CIA desde las nueve y treinta y siete minutos de la mañana, y todas las personas que entran o salen de él son fotografiadas. Hasta media hora antes de este encuentro con mis compañeros, las personas fotografiadas son todas estas… ¿Está Magallón entre ellas?

Úbeda entregó las radios a Raúl, y, a las últimas luces del día, examinó las treinta y una fotografías que la espía norteamericana puso en sus manos.

Veintiocho hombres y tres mujeres.

—No… No está aquí.

—Ya lo suponía. Esté atento a mi llamada por radio, Nelson.

—Pero… ¿cuándo me llamará?

—No lo sé. Procure no alejarse más de cincuenta millas de Managua. Pero de ninguna manera se le ocurra volver a este lugar, pues si alguien le veía por ahí y le seguía podía usted fastidiarme toda la reunión.

—¿Qué reunión?

—La reunión —sonrió ella como divertida—. ¿Sabe, Nelson?: debería dedicarse usted al cine… ¡Es más guapo que Robert Redford!

Cuando Úbeda encontró algo más o menos ingenioso que replicar, la señorita Windsor ya se alejaba en su automóvil en dirección al norte de Managua.

* * *

El edificio en cuestión era uno de tantos de aquella calle estrecha y escasamente iluminada. No había absolutamente nada cerca de él que hiciera pensar en una trampa. Sin embargo, en las dos veces que pasó por delante lentamente conduciendo el coche, Felicity Windsor tuvo el mismo pálpito respecto a que las cosas no eran lo que parecían. Lo cual, por otro lado, era normal en el espionaje.

Una vez más, miró su reloj de pulsera. Eran cerca de las doce de la noche, y ciertamente lo que no podía hacer era seguir pasando por allí con el coche pues hasta unos espías de quinta categoría repararían en ello. Es decir, que se marchaba debido al tufillo de trampa que percibía su hipersensibilizado olfato de espía, o, de una vez por todas, subía al apartamento de Julio Magallón.

Naturalmente, optó por lo segundo. Así pues, buscó una callejuela alejada casi trescientos metros del edificio donde vivía Magallón, y, dentro del coche procedió a cambiar su aspecto, convirtiéndose en un esbelto jovenzuelo de ajustados pantalones, zapatillas deportivas, y vieja chaqueta que disimulaba la forma de sus pechos bajo el raído jersey; recogió los cabellos bajo una apretada gorra de béisbol azul con estrellitas blancas, dejó el coche bien cerrado, y emprendió el acercamiento al domicilio de Julio Magallón.

Casi diez minutos más tarde, siguiendo las indicaciones que durante el día le diera Úbeda, el aparente jovenzuelo había llegado sin contratiempo alguno al patio de atrás del edificio que le interesaba. Escalar la pared utilizando tuberías y salientes hasta el tercer piso no le representó tampoco ninguna dificultad. Y todavía menos cuando, finalmente, llegó a una ventana del piso de Magallón y entró, silenciosa y ágilmente.

Se encontró en la cocina.

Dentro del apartamento, que tenía un cierto olor a sudor consumido, no se oía el menor ruido. Era como un lugar muerto. No sólo la intuición, sino el olfato, le estaba diciendo a Felicity que lo

que iba a encontrar no representaría para ella más que dificultades. Pero, a fin de cuentas, al ir allí ya tenía prevista la posibilidad de que fuese una trampa… Pero una trampa que, como todas, siempre contiene una pista que conduce hacia quien la ha preparado…

Encendió la pequeña linterna-bolígrafo, y, guiada por su delgado haz de luz, se adentró en el apartamento. No fue nada excesivamente maravilloso, ni mucho menos milagroso que fuese directa hacia el dormitorio. Sencillamente, fue hacia allí porque era el lugar de donde procedía aquel olor agrio y como viejo.

Lo primero que la linterna iluminó dentro del dormitorio fueron los ojos de Julio Magallón, tan abiertos, tan cristalizados, tan relucientes, tan muertos.

Luego la luz fue descendiendo, iluminando el cuerpo desnudo de Magallón, que pendía del cordón eléctrico que colgaba del centro del techo del dormitorio; pero no a peso, sino que los pies de Magallón se asentaban en el suelo, de modo que el cordón eléctrico, más que suspenderlo, lo mantenía en posición vertical. No se veía la bombilla por parte alguna.

A Magallón lo habían abierto en canal, como a una res sacrificada en un matadero, y ante sus pies tenía una enorme costra de sangre y algunos de sus intestinos, todo seco, como si llevaran allí siglos. También le habían cortado el pene. La expresión de su rostro, que parecía de vieja piel podrida era absolutamente horrible, escalofriante. Por un instante, Brigitte sintió impulsos de vomitar, y se apresuró a desviar la mirada del cadáver y a buscar otros objetivos para el delgado haz de luz de su linterna.

Entonces, se encendió una potente luz en el dormitorio.

La reacción de la espía internacional fue fulminante, velocísima: sacó la pistolita de cachas de madreperla girando hacia la puerta, extendiendo el brazo y apuntando hacia allí el arma…

No había nadie en la puerta. No había nadie en el dormitorio. No había nadie salvo ella en el apartamento, comprendió muy pronto Brigitte Montfort. Y con la misma rapidez de comprensión giró de nuevo hacia el centro del dormitorio, y su mirada localizó en el acto la pequeña cámara de televisión colocada en un ángulo entre dos paredes y cerca del techo.

Una voz sonó, en español, en el pequeño altavoz colocado junto a la cámara:

—¿Quién eres?

Baby ni se molestó en contestar. Dio la vuelta, salió del dormitorio raudamente, y emprendió el regreso a la cocina…, en la cual vio otra cámara y otro pequeño altavoz.

—Es inútil que intentes escapar —dijo la voz— esta trampa la hemos tendido para que nadie lo consiga. Solamente tienes dos alternativas: pegarte un tiro o entregarte. Elige tú mismo.

Brigitte regresó al interior del apartamento, que recorrió rápidamente. También en la sala, diminuta y sórdida, con algunas fotografías de mujeres desnudas procedentes de las revistas *Playboy* y Penthouse enganchadas a las paredes con adhesivo transparente, había un altavoz y una cámara. Era un trabajo perfeccionista, pero absurdo: no hacían falta tantas cámaras ni tantos altavoces. Sin, embargo, evidentemente, alguien había querido lucirse.

La espía se acercó a una de las ventanas, la abrió, y miró hacia la calle. Había dos coches ahora ante la puerta del edificio, y otros dos un poco más alejados. Por otra parte, saltar aquella altura era cuando menos de loco que deseara romperse ambas piernas y algo más.

—No tienes ninguna escapatoria —sonó de nuevo la voz—. Y te vamos a hacer una buena oferta: entrégate, dinos dónde está ahora Nelson Úbeda, y te mataremos limpia y rápidamente de un tiro.

Una divertida sonrisa apareció en el hermoso rostro del aparente jovenzuelo.

—Eso de pegarme un tiro ya lo sé hacer yo —dijo.

—Tienes razón.

—Y si yo me pego el tiro vosotros nunca sabréis qué es lo que yo sé respecto al señor Úbeda… y otras cosas.

Hubo un silencio bastante prolongado antes de que se oyese una voz diferente en el altavoz:

—Parece que eres un hombrecito listo, ¿eh?

—Sí, lo soy —aseguró Felicity—. Y os aseguro que no me vais a atrapar vivo salvo que me ofrezcáis algunas garantías a cambio de mi información y de mi vida.

—Tu vida nos interesa bien poco, así que no tenemos inconveniente en regalártela si tus informaciones valen la pena. ¿Sabes dónde está Úbeda?

—Eso no, pero sé otras cosas importantes.

—¿Tú sabes cosas importantes? A ver, dime una.

—El comandante Ramiro Avellaneda está muy comprometido, pues alguien se ha enterado de que los dos cazas que avistaron el *jet* de Úbeda despegaron de la base bajo su mando.

De nuevo un silencio.

—¿Qué más sabes?

—Otra cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Pero quiero hablar con alguien de cierto nivel, que sea capaz de cumplir un trato y que tenga cara de persona, no de bestia.

—¿A quién estás llamando bestia?

—A quien quiera que sea que haya hecho eso con Magallón.

—Ya. Muy bien, amiguito, vamos a hablar de ese trato: te dejas en el suelo esa pistola, bajas a la calle y sales con las manos en alto, y yo personalmente te llevo a presencia de alguien con cara de persona y del nivel que tú deseas.

Si lo que sabes es tan interesante como lo del comandante Avellaneda incluso es posible que te metan unos billetes en el bolsillo antes de largarte a puntapiés de Nicaragua. O esto, o pégate el tiro, porque lo seguro es que de esta trampa no podrás escapar nunca.

—De acuerdo —aceptó Felicity Windsor— voy a bajar.

Dejó la pistola en el suelo y se encaminó hacia la puerta del miserable, tétrico y funerario apartamento con olor a muerto consumido.

Capítulo IV

No encontró a nadie en la escalera del destartalado edificio, pero sí en cuanto apareció en la calle. Frente a ella, dos hombres la apuntaban con metralletas, mientras otros dos, apareciendo cada uno por un lado del portal, la cachearon inmediatamente…, y el que se encargó de palpar el torso lanzó una exclamación.

—¡Es una mujer! —reveló.

—¿Qué dices? —Gruñó el otro.

—¡Te digo que es una mujer! Mira, toca qué pechos…

El otro metió la mano bajo la vieja chaqueta, percibió perfectamente las turgencias del seno de la espía, y emitió un silbidito.

—Ésta sí que es buena —rió maliciosamente—. Bueno, vamos a llevarla al coche, y que él decida. Camina, guapa.

Le dieron una palmada en el trasero, y, como era de esperar en sicarios de tan reducido nivel mental, ya no se preocuparon más de registrarla a fondo.

Habían aparecido más hombres en la calle, evidenciando ahora que, en efecto, el domicilio del destripado Magallón había estado bien controlado… Las viejas trampas casi siempre funcionan bien…, aunque no siempre para quienes las preparan.

El coche estaba a unos sesenta metros del edificio, y Brigitte fue empujada al asiento de atrás, quedando sentada junto a un hombre de buena estatura y corpulencia, casi calvo, con un aliento increíble de bestia sana y fuerte.

El hombre que había empujado a Brigitte hacia el interior del coche, dijo:

—Es una mujer.

El gordo y alto saludable se quedó mirando al «jovenzuelo» como si no hubiera entendido. En el asiento delantero había dos hombres, uno de ellos al volante, y el otro vuelto en su asiento para

mirar al reciente prisionero… que resultaba ser una mujer.

—Seguid vigilando —dijo por fin el gordo saludable.

—Sí, don Víctor.

Este mismo cerró la portezuela por la que había entrado Brigitte, como queriendo acercarse más a ésta e incluso olerla.

—Vámonos, Luis —dijo el tal Víctor—. Al almacén.

—Muy bien.

—Sí que debe de ser una mujer —dijo el otro, vuelto sonriente bacía la espía—, porque es muy guapo…, quiero decir muy guapa.

Emitió una risita. La calle no estaba demasiado iluminada, pero permitía que se vieran bien las caras unos a otros. El coche circulaba despacio y silenciosamente, en busca de una avenida amplia. Brigitte miraba atentamente al sujeto llamado Víctor. Sí, se le veía saludable, cordial, una de esas personas que irradian fuerza y complacencia de sí mismos. Vestía bien. No era uno de tantos sicarios de baja estofa que la espía internacional había aprendido a conocer tan bien…, aunque tampoco era, ni mucho menos, un personaje verdaderamente importante.

Y de pronto, lo catalogó, basándose en su larga experiencia: era uno de esos intermediarios inteligentes, capaces y con facultades de organización que utilizan las gentes verdaderamente importantes que no quieren ensuciarse las manos ni comprometerse. Un mercenario del crimen.

Y mientras Brigitte comprendía esto y sentía como un leve escalofrío que desde la nuca recorría toda su espalda, el tal Víctor le quitó la gorra, dejando escapar la espléndida cabellera de la espía. Exhibiendo una sonrisita que casi resultaba simpática Víctor buscó los pechos de Brigitte, apretándolos amablemente.

—De modo que en efecto eres una mujer… ¿Cómo te llamas?

—Dorotea Carvajal.

Víctor se quedó mirándola amablemente, y de pronto soltó una carcajada y dio unas palmadas en un muslo de Brigitte. Circulaban ya por una amplia avenida iluminada con variado colorido. La gente honrada y pacifica de Managua dormía.

—Dorotea Carvajal, ¿eh? —dijo Víctor, sin dejar de reír.

—Sí. ¿Y usted?

—¿Yo? Ya lo has oído: soy don Víctor.

—Usted no es latino.

—Eres muy lista, ¿eh?

—Y sé muchas cosas.

Víctor asintió, permaneció unos segundos pensativo, y de pronto se inclinó hacia delante, bajó la tapa del hueco que contenía el radioteléfono instalado en el respaldo del asiento del chófer, y procedió a marcar un número. Tardó casi medio minuto en obtener respuesta, cuando al parecer ya se disponía a colgar el auricular.

—¿…?

—Soy Víctor. El dispositivo en el asunto Magallón ha funcionado: hemos atrapado a una mujer, que va vestida de hombre. Dice llamarse Dorotea Carvajal, pero es británica o norteamericana; yo diría que norteamericana. Estamos camino del almacén, para proceder a interrogarla.

—¿…?

—¿Guapa? —Víctor miró socarronamente a Brigitte—. Sí que lo es, y mucho.

—¿…?

—No, no, no es tan joven. Es hermosa, se la ve juvenil, pero no tanto.

—…

—¿Qué? —inquirió Víctor, tras levísima crispación en su boca.

—…

—De acuerdo. Sí, sí, entendido —colgó el auricular, cerró el compartimiento del teléfono, y murmur—. No vamos al almacén, Luis. Tenemos una cita inesperada en la orilla del lago… Ya sabes el sitio. Pero no conduzcas deprisa, tenemos que darles tiempo para que lleguen.

—¿Ocurre algo? Víctor no contestó.

Brigitte le miraba de reojo, mientras el otro parecía preocupado y le dirigía abiertamente miradas entre desconcertado y preocupado. Al poco abandonaban la ciudad, y no tardaron en divisar el brillo de las aguas del lago Managua.

—¿Con quién vamos a encontrarnos? —preguntó Brigitte.

—Cierre la boca —dijo Víctor, en inglés.

—Le han asustado, ¿verdad? —sonrió Brigitte, hablando también en inglés—. Le han dicho algo de mí que le ha asustado. Seguro que le han dicho que puedo ser determinada persona muy peligrosa, ¿no es cierto? Así que le han ordenado que, sin más

complicaciones, me mate y me tire al lago, o haga desaparecer mi cadáver inmediatamente, sea como sea. ¿Es eso?

—Exactamente eso es —gruñó Víctor, comenzando a sacar una pistola de la axila izquierda—. Y puesto que ya lo has comprendido…

Tenía ya la pistola fuera de la funda axilar cuando murió. Brigitte le sujetó la mano derecha con la izquierda, y con su derecha utilizó la navaja de resorte que había llevado escondida en la manga de la chaqueta; la hoja de acero relució brevemente, describiendo un veloz arco, y se hundió con blando y escalofriante chasquido en la garganta de Víctor, que emitió un ronquido realmente extraordinario, fortísimo y sonoro mientras parecía que los ojos le iban a saltar de la cara…

El hombre sentado junto al conductor se volvía ya, vibrando en el aire su exclamación de sobresalto y comenzando a apuntar su pistola hacia Brigitte, que disparó su puño izquierdo tras soltar a Víctor. El puño dio de lleno, con el nudillo del dedo corazón como avanzadilla, en el ojo derecho del hombre, produciéndole tan espantoso dolor que provocó un cortocircuito en todo su sistema nervioso, privándole del conocimiento en el acto, dejando en su dormida memoria el recuerdo del tremendo dolor.

Luis ni siquiera había tenido tiempo de tomar una resolución para hacer frente a la situación cuando se encontró en serios apuros: la mano derecha de Brigitte colocó la navaja con la punta casi clavándose en su garganta, bajo la oreja derecha, y la izquierda le sujetó por los cabellos.

—Tranquilo —susurró la espía, en español—. Sigue conduciendo como si nada ocurriese. ¿Falta mucho para llegar al sitio donde os han citado?

—No —tragó saliva el hombre—. No, no.

—¿Qué sitio es ese? ¿Una embarcación, un chalé, una casa de campo…?

—No, es… es un cruce de caminos, donde hemos ido otras veces, cuando Víctor tenía que recibir instrucciones directamente, antes de… de que nos facilitaran este coche con radioteléfono.

—¿De quién es el coche?

—No lo sé.

—¿Quién da instrucciones a Víctor?

—No lo sé. Yo estoy… estaba a las órdenes de Víctor, no sé más.

Brigitte no insistió, porque sabía que era cierto, y muy clásico. El sujeto A es el gran granuja, que contrata al sujeto B, que también es granuja pero menos importante y poderoso, y que es el encargado de tratar con la chusma que hace los trabajos sucios y criminales.

—¿Fue Víctor quien abrió en canal a Julio Magallón?

—Sí… Sí, fue él. Se divirtió mucho, según me dijeron… los que estuvieron con él en el apartamento.

—¿Tú no estuviste?

—No. Yo siempre… siempre estoy en el coche, por si se produce alguna llamada y poder avisar a Víctor.

—¿Cómo descubrieron que Magallón había traicionado los asuntos de Presidio Cochuacán?

—No lo sé. ¡No lo sé, yo sólo hacía lo que me decía Víctor!

—¿Y quién le decía a Víctor lo que tenía que hacer?

—¡Ya le he dicho que no lo sé!

—Tranquilízate. Y avísame un minuto antes de que lleguemos al lugar de la cita. ¿Lleváis botiquín en el coche?

—Desde luego. En la guantera tengo…

—Quietas las manos sobre el volante, amiguito. Ya me procuraré yo el botiquín cuando lo necesite.

Luis miró por el retrovisor, y vio a Víctor sentado y caído hacia el ángulo izquierdo del asiento, con los ojos desorbitados. A la derecha de Luis, su compañero continuaba desvanecido. Circulaban por una avenida angosta y con mucho arbolado, que de pronto se ensanchó. A la derecha, muy cerca, estaba la orilla del lago.

—Estamos llegado —dijo Luis—. Pero por lo que dijo Víctor ellos aún tardarán un poco.

Brigitte no contestó. Había recogido las pistolas del hombre del asiento delantero y la de Víctor, y, por supuesto, le había quitado la suya a Luis sin dejar de tenerlo trincado bajo el peligro de la punta de la navaja, que se guardó en el mismo escondrijo de la manga de la chaqueta. Llegaron a una plazuela circular, ajardinada pero al parecer descuidada. Había solamente dos remotas farolas iluminando el lugar donde finalmente se detuvo el automóvil conducido por Luis.

Éste iba a hacer un comentario cuando, sin más miramientos,

Brigitte le golpeó en la cabeza con una de las pistolas. Luis emitió un ronquido y dio un breve brinco en el asiento, y se desmadejó sin sentido. Brigitte abrió la guantera, sacó el pequeño botiquín para emergencias, y, como había esperado, encontró un rollo de esparadrapo. Con tiras del mismo sujetó a Luis al volante por las manos, dejándolo en posición normal de sentado y, al mismo tiempo, imposibilitado de hacer nada con las manos. Sentó bien al otro, que parecía de goma, y le selló la boca con esparadrapo y le sujetó las manos a la espalda. Selló también la boca de Luis, y finalmente abandonó el automóvil, yendo a esconderse entre unos arbustos, dueña de la situación y provista de tres pistolas.

¿Cuántos hombres podían llegar en el otro coche? ¿Tres? Sabía que podría controlarlos sin problema, sobre todo contando con la sorpresa a su favor. Sorpresa que le permitiría capturar a uno de los personajes importantes; tan importante, al menos, que era el encargado de darle a Víctor las órdenes del grupo traidor…

¿Realmente?

¿Realmente iba a acudir aquel personaje a la cita, después de haberse alarmado al saber que Víctor había capturado una mujer norteamericana?

¿Realmente iba a acudir a la cita un hombre lo bastante inteligente y tan bien introducido en esferas importantes que había deducido que la mujer norteamericana prisionera era o podía ser la agente Baby, y, en el acto, sin querer complicarse la vida ni por lo más remoto, había ordenado su muerte y ocultamiento del cadáver?

¿Realmente se iba a arriesgar un hombre así en acudir a la cita?

Estaba todavía Brigitte inmersa en sus cábalas, cuando apareció silenciosamente el otro coche, con las luces apagadas. La circulación en el lugar era inexistente en aquel momento. El otro coche se detuvo, a unos treinta metros, pero no se apeó nadie. ¿Estaban esperando que Víctor fuese allá? Si era así, ella iba a esperar en vano que el sujeto importante saliera del coche para acercarse al de Víctor…

Y de repente, la espía internacional comprendió, supo lo que iba a ocurrir. Ahogando una exclamación, abandonó su escondrijo, retrocediendo más hacia el lago. Y apenas había recorrido cinco o seis metros cuando oyó el seco y feroz silbido…

Al instante siguiente, el coche de Víctor, con éste y dos

desvanecidos compinches dentro, saltaba convertido en un retorcido montón de chatarra al rojo vivo. La llamarada pareció convertir, por unos segundos, en una enorme mancha de sangre todo el Lago Managua.

* * *

—¿Más café? —ofreció Simón-Managua.

—No, gracias. Sigamos con ese número telefónico.

Brigitte encendió un cigarrillo, y cerró los ojos. Simón-Managua marcó un número en el disco telefónico; la espía permaneció impasible. Simón marcó otro número, sin que Brigitte reaccionase. Cuando marcó por quinta vez, ella abrió los ojos, y dijo:

—Ése.

—El seis —dijo Simón—. Ya sólo nos queda un número. ¿Seguimos?

—Desde luego.

El procedimiento era viejo, pero delicado, ya que hacía falta tener un oído muy fino y una memoria auditiva de primera categoría: Brigitte había «oído» marcar el número del comunicante de Víctor y había retenido en su memoria el sonido de todos los números al recorrer el disco el camino de ida y vuelta. Por este procedimiento, tenía ya cinco de los seis números del teléfono de la persona a la que había llamado Víctor. Y Simón seguía marcando números provocando a su memoria auditiva…

—Ése también —dijo de pronto Brigitte.

—El cuatro. Los tenemos todos.

—Puede que me haya equivocado, pero sería de un modo mínimo —dijo la divina—, y en ese caso, buscando número más o número menos tendríamos una lista de personas o teléfonos entre las cuales sabríamos deducir quién puede estar metido en esto y quién es un simple ciudadano.

—Estoy seguro de que usted ha dicho el número correcto. Nos ocuparemos de localizar el teléfono a la mayor brevedad… Es una lástima que no viera la matrícula del otro coche.

—Estaba tan convencida de que el personaje iría al coche de Víctor, o al revés, que subconscientemente pensé que tendría tiempo de eso. Cuando se produjo la explosión yo estaba tendida de

bruces en el suelo, para protegerme…, y cuando me puse en pie el otro coche se alejaba ya fuera de mi alcance y de las pistolas. Ni siquiera yo soy infalible, Simón.

—Una cosa es cierta —sonrió el espía— al final, nosotros ganaremos, con usted al frente de este asunto.

—Esperemos que sí —sonrió también la divina—. Pero cuidado: una vez más estamos frente a personajes de alto nivel capaces de asesinar a quien sea para conseguir sus propósitos y protegerse. Y no son tontos: estoy segura de que comprendieron que la mujer capturada en el apartamento de Magallón era Baby.

—No importa lo listos que sean: los estamos acorralando.

Brigitte asintió, y quedó pensativa, fumando. Tras la explosión del coche de Víctor ella se había apresurado a alejarse de la zona, había llegado en taxi adonde había dejado su coche cerca del apartamento de Magallón, y, recurriendo a la radio del maletín, había llamado a sus Simones, que la habían recogido rápidamente y guiado hacia el chalé próximo a Granada, en la orilla del lago Nicaragua. Desde aquí, una vez más, la espía más implacable del mando movía las piezas del juego.

—¿Cómo va la reunión? —preguntó de pronto.

—Bien. Es decir, insuperablemente bien…, lo que no me extraña en absoluto. Lo extraño sería que alguien dejara de acudir sabiendo que es cosa de usted. Al amanecer se habrá alcanzado la cifra de trescientos, por lo menos.

—Zambomba.

Simón-Managua rió, y abandonó el saloncito del chalé, dejando a Brigitte de nuevo pensativa. Terminó el cigarrillo, miró la hora en su relojito de pulsera, y se tendió en el sofá, quedando dormida al instante.

Abrió los ojos cuando Simón-Managua apenas la tocó en un hombro; en la ventana se veía el resplandor del sol, y calculó rápidamente que había dormido unas cuatro horas.

—Tenemos una mala noticia —murmuró Simón-Managua— el comandante Ramiro Avellaneda ha fallecido. Al parecer se le disparó una pistola, anoche, cuando la estaba limpiando, en su propio domicilio.

—Santo Dios —jadeó Brigitte—. ¡Lo han asesinado sus propios amigos al saber que lo teníamos identificado!

—Sí. Por supuesto ésa es la verdad. Quiero advertirle una cosa, Baby: algunos contactos que tengo bien introducidos en el ambiente militar me han enviado aviso de que existe un cierto nerviosismo en el Ejército. No saben qué es lo que ocurre, pero existe ese nerviosismo.

—Yo le diré lo que ocurre —murmuró Brigitte— los militares amigos del comandante Avellaneda no sólo se han olido que él ha sido «ejecutado», sino que están en pie de alarma. Lo cual significa que si los traidores al actual gobierno nicaragüense se ven en claro peligro podrían hacer estallar el golpe de Estado en cuestión de minutos, lo que daría lugar a que se enfrentasen diferentes guarniciones de los ejércitos de Nicaragua, y que incluso hubiera terribles enfrentamientos de los dos bandos dentro de una misma guarnición.

—Joder —mascullo Simón—. ¿Qué tal si se lo decimos a Ortega? No es que pretenda dármelas de angelito, pero también estoy harto de que siempre se nos atribuya a nosotros el papel y las acciones de los malos.

—No vamos a decirle nada a Ortega, por el momento.

—¿Por qué no? Si lo entiendo bien, hay una pandilla de cerdos que a espaldas de Daniel Ortega están manipulando parte del gobierno de Nicaragua, y no digamos a los ciudadanos y a las riquezas nacionales, en su propio beneficio, para lo cual no vacilan en asesinar individuos civiles, oficiales del ejército, y si es necesario al pueblo en masa… ¿Correcto?

—Correcto.

—Entonces… ¿por qué hemos de complicarnos la vida? Se lo decimos a Ortega, y que él haga rodar las cabezas de quienes haga falta.

—Si se lo decimos a Ortega, Simón, nadie podrá evitar que se produzca un cisma tremendo en Nicaragua.

—Ya. Y entonces es cuando comenzarían a pagar justos por pecadores, es decir, la gente del pueblo…, lo cual es precisamente lo que usted está tratando de evitar. Está bien, seguiremos a su modo, pero yo quiero darme el gusto cuando sea posible de decirle a Ortega que está metido en un baño de mierda hasta el cuello. ¿De acuerdo?

—Se lo diremos si ello no ha de causar víctimas inocentes. ¿Qué

sabemos de nuestro amigo Úbeda?

—Se ha instalado en casa de un amigo suyo, suponemos que de toda confianza —Simón torció el gesto—, si es que hoy día existe alguna persona que sea de toda confianza.

—Ya lo creo que sí —sonrió la divina— por ejemplo, mis Simones.

—Tocado —sonrió también Simón—. ¿Por qué siempre encuentra usted la respuesta acertada?

—Es una cuestión de práctica. ¿Le parece a usted que estoy gorda?

—¿Gorda? —Se pasmó Simón—. ¡Desde luego que no!

—Ah. Creí que me encontraba gorda, y que por eso me somete a un régimen de hambre, para que adelgace.

—¡Eso quiere decir —se echó a reír el espía— que tiene usted apetito y que quiere desayunar!

—¿Por qué siempre encuentra usted la solución acertada?

Hacia las nueve y media de la mañana la telaraña que estaba tejiendo Brigitte Baby Montfort había atrapado ya diversos insectos: la matrícula del coche reventado por una granada de mortero era falsa, pues era idéntica a la del coche de un periodista cuyas vinculaciones con asuntos de espionaje eran simplemente inimaginables; las actividades de Nelson Úbeda, muy prudente, seguían siendo nulas; la reunión estaba terminando con pleno éxito; por supuesto, se estaba investigando la muerte por «accidente» del comandante Avellaneda, con la esperanza de poder saber qué personas estaban con él en su domicilio cuando «se le disparó la pistola» y, en consecuencia, investigarlas para poder llegar a saber cuál de ellas había sido la causante del «accidente»….

A las diez y diez de la mañana llegó la noticia importante: la telaraña de la espía atrapó una mosca bien grande:

—El usuario del teléfono al que llamó Víctor desde su coche es Dionisio Orellana —llegó diciendo Simón-Managua.

—¿Y quién es…, o mejor dicho, qué es ese Orellana? —inquirió Felicity Windsor—. ¿O quizás es un personaje insignificante y no le conocemos?

—Ya lo creo que le conocemos —gruñó Simón— es un diplomático retirado, que ya hace tiempo fue severamente amonestado por Daniel Ortega por haber tomado parte en negocios

que vinculaban capitales norteamericanos con inversiones realizadas en Nicaragua.

—Dicho de otro modo —murmuró Brigitte— Orellana facilitaba la introducción de capital norteamericano en Nicaragua; capital que iba adquiriendo volumen y que se iba apoderando de la producción del país y por tanto de sus beneficios. Dicho de otro modo todavía: capital particular de norteamericanos que estaban comprando Nicaragua como si fuese una finca.

—Sí.

—No me extraña que Daniel Ortega se enfadara con ese Orellana…, y hasta con la madre que lo parió… ¿De qué se ríe?

—De nada, de nada —rió Simón—. Bueno, dejando aparte a la madre que lo parió…, ¿qué hacemos con Dionisio Orellana?

—Podría disfrazarme de ancianita y hacerle una visita —reflexionó la espía—, pero a estas alturas él ya sabe que el coche que mandó destrozar con sus ocupantes dentro sólo contenía tres cadáveres, y que ninguno de ellos era de mujer. O sea, que él sabe que la mujer escapó. Y si la mujer escapó confirma sus sospechas de que no era una inocente jovencita, sino una dama dotada de recursos interesantes.

—O sea, que él todavía debe de estar más convencido de que Baby está interviniendo en esto.

—Sí.

—Eso le pondrá nervioso, y quizá cometa alguna tontería, como avisar a algunos de sus cómplices…

—No —sonrió perversamente Felicity Windsor—, no hará eso de ninguna manera, porque si él dijera a sus cómplices que teme que Baby está metida en esto, que escapó del coche de Víctor, qué pudo ver el coche en el que llegaron los hombres que dispararon el mortero, y que incluso pudo oír su voz por teléfono, o sonsacarle algo a Víctor antes de escapar del coche…, si hiciera eso, si dijera eso, el señor Orellana sabe que no viviría mucho tiempo; tal como le ha ocurrido al comandante Avellaneda seguramente tendría pronto un «accidente».

—Eso significa —parpadeó Simón— que ese hombre está tan asustado por la intervención de la agente Baby que no piensa decírselo a nadie, para evitar que lo eliminen, así que… debe de estar escondiéndose como un conejo.

—Mi pregunta es —sonrió Brigitte— ¿se les ocurre a ustedes, o pueden averiguarlo de alguna manera, dónde puede haberse escondido ese conejo?

Capítulo V

Si alguna cosa tenía segura en la vida Dionisio Orellana era que en el lugar donde se había refugiado nadie iba a ir a molestarlo, por la sencilla razón de que era inimaginable que un hombre en su apurada situación recurriese a sitio tan poco adecuado. Más bien se podía pensar que había huido a cualquier punto de Suramérica o a México, donde podía perderse durante años y años si era necesario.

Pero no eran éstas las intenciones de Orellana, nada de eso. ¿Por qué marcharse de su país, donde estaba magníficamente situado, tenía amigos y mucho poder en conjunto con todos ellos? Pero, además, si decía a sus amigos que se iba de Nicaragua, o bien se iba sin avisar, demostrando claramente que huía, sería fácil comprender que temía algo, que se sentía al descubierto y que por eso huía. En este caso, no sólo le buscaría la CIA, dirigida por aquella maldita mujer de la que tanto había oído hablar, sino que lo buscarían sus propios amigos para eliminarlo, igual que habían hecho con Ramiro Avellaneda.

Demasiada gente tras sus talones.

¿Solución de soluciones? «El Balneario».

«El Balneario» era una discreta, hermosa y acogedora villa situada en la costa, cerca de Corinto, donde solamente personas verdaderamente adineradas podían acudir a pasar unos días de auténtico relax. Un sitio donde uno podía pasar una semana relajándose, perdiendo peso, tomando el sol, desintoxicándose de malas alimentaciones y tensiones de trabajo, y, en fin, rejuveneciendo en siete días lo que había envejecido en seis meses.

Cosas de la ciencia. Y de la buena vida. Porque allá, en «El Balneario», uno tenía de todo si llevaba buenos dólares. Nada más verla por fuera a ningún pelanas se le habría ocurrido que podía tan siquiera entrar a pedir limosna en aquella clínica de setos herméticos, altas palmeras y tan recogida que hasta el sol parecía

exclusivo para sus moradores.

Y luego, estaban las «enfermeras», unas chicas absolutamente encantadoras, serviciales, excelentes masajistas y que por si esto fuera poco estaban al servicio sexual de los clientes, como auténticas expertas de los mil y un goces que pueden obtenerse en la cama.

Pedir más habría sido pecado. Así que, sin dudarlo ni un segundo, convencido de que así se apartaba de los peligros del mundo, Dionisio Orellana se fue a pasar su semana de relax a «El Balneario», adelantándolo unas cuantas semanas a la fecha en que habitualmente solía hacerlo.

¿Quién había de reparar en ello? Sencillamente, el señor Orellana había desaparecido, y nadie, salvo sus más íntimos, sabría que se hallaba en «El Balneario». Y precisamente sus íntimos no sólo no se lo dirían a nadie, sino que eran quienes se habrían alarmado si él hubiera desaparecido de verdad…, y quienes habrían movilizado un escuadrón de asesinos para que lo localizasen y lo matasen.

No había que darle más vueltas: la idea de instalarse en «El Balneario» era perfecta.

Además, que realmente hacía ya días y días que tenía ganas de hacer el amor sin tasa ni medida con chicas jóvenes y que sabían hacerle creer a uno que los dos estaban en el paraíso.

Por eso, cuando sonó la llamada a la puerta de su habitación con terraza a los tupidos y fragantes jardines, Dionisio Orellana sonrió y comenzó a relamerse.

—Adelante —autorizó.

La chica entró. Era alta, esbelta, rubia, de ojos negros. Como todas, llevaba una sugestiva bata azul, mis bien corta, y absolutamente nada bajo la bata. Esto era algo que excitaba tremendamente a Orellana: poder meter la mano bajo la bata y encontrar solamente carne dura, tersa, palpitante, estallante de vida.

—¿Ha pedido servicio, señor? —inquirió sonriente la espléndida joven.

—Así es. Cierre la puerta.

Ella cerró la puerta. Dionisio la miraba con avidez. Muy bien, el mundo tenía problemas, Nicaragua tenía problemas, pero él,

ciertamente, no tenía la menor intención de complicarse la vida. Así que se tendió en la camilla especial, boca abajo y dijo:

—Primero deme un poco de masaje en la espalda, por favor.

—Con mucho gusto, señor.

Completamente desnudo, Orellana comenzó a gemir de placer cuando las insospechadamente fuertes manos de la muchacha comenzaron a masajear su espalda, dando suaves tirones de los músculos, desplazándolos, acariciándolos. Orellana casi estaba dormido cuando la muchacha dijo:

—Uf, qué terrible calor hace hoy.

Por un momento, Orellana frunció el ceño. No le gustaban las charlatanas. Pero pensó que podía ser divertido seguir el juego a la sociable muchacha, así que se volvió panza arriba, sonrió, y dijo:

—Pues quítese la ropa, como he hecho yo: estará más fresca.

—Excelente idea, señor.

Ni corta ni perezosa ella se quitó la ropa, es decir, la bata, quedando completamente desnuda. Orellana la miró de arriba a abajo, sintió una súbita erección, y se señaló tan comprometedora circunstancia, sonriendo.

—¿Sería tan amable de relajarme este músculo? —pidió.

La muchacha rió. Orellana rió. La vida era formidable, qué caray. Que se mueran los tontos. Él tenía cuarenta y cinco años, una salud de hierro, unos apetitos de toda clase que podía satisfacer, y unas oportunidades de escalar puestos de gozo en la vida que para sí los quisieran muchos reyes. Se estremeció de placer cuando la muchacha comenzó a subirse a la camilla. Sólo que en lugar de sentarse donde Orellana deseaba lo hizo sobre su vientre. Acto seguido, el resplandor del sol del exterior se reflejó en la hoja de la navaja que fue a posarse en la garganta de Orellana, sujeta por la fuerte y hermosa mano de la rubia. Orellana lanzó una exclamación ahogada, y se disponía a gritar su disconformidad con la «broma», cuando la chica se llevó el índice de la mano izquierda a los labios y susurró:

—Ssst… Si grita le corto el cuello y el pene. O una sola cosa… ¿Cuál de las cosas prefiere perder, señor Orellana, el pene o la cabeza? Es usted tan cretino que a lo mejor prefiere perder la cabeza, ¿a que sí?

—¿Quién es usted? —jadeó él.

—Si lo adivinó cuando le llamó Víctor, también podría adivinarlo ahora.

—No… No, no, no.

La muchacha sonrió, y, de nuevo con la mano izquierda, se quitó ahora la peluca rubia, que tiró a un lado. Orellana desorbitó los ojos al ver la hermosa cabellera que de tan negra adquiría reflejos azulados.

—Es verdad que hace calor —dijo la visitante—. ¿Le gusta mi cuerpo? Orellana se pasó la lengua por los labios. El cuerpo de ella era sencillamente maravilloso, pero él sabía que la espía norteamericana estaba jugando, divirtiéndose a su costa. Pensó en derribarla de la camilla, pero captó perfectamente la presión insólitamente fuerte y pesada de las nalgas femeninas sobre su vientre. La certidumbre de que, en efecto, ella se estaba burlando de él y humillándolo puso como una aceleración de rabia en la sangre del nicaragüense.

—Tómeselo con calma —dijo amablemente ella—. Bien: ¿ha adivinado ya quién soy?

—Usted es Baby… ¡Y no saldrá viva de Nicaragua!

—Se ha equivocado en las dos cosas. No soy Baby, sino Dorotea Carvajal, y ya lo creo que saldré viva de Nicaragua. Pero, aun suponiendo que usted fuese tan listo de haber montado una trampa de la que yo no pudiera salir, puede estar cierto de que ya no estaría en condiciones de disfrutar de su triunfo. De modo que hablemos sensatamente: dígame los nombres más importantes del grupo que ha arruinado el plan de buena armonía que Allyson Rigg traía para presentarlo a Ortega con la ayuda del comandante Díaz-Cuervo, y le garantizo que no le mataré en esta ocasión.

—¿Cómo ha conseguido entrar aquí?

—No sea estúpido. Eso es igual que preguntarle a un poeta que cómo escribe sus versos. He entrado aquí como he entrado en miles de sitios mucho más seguros que éste…, como entraré en Presidio Cochuacán dentro de poco, cuando me apetezca. Señor Orellana, tiene usted cinco segundos para decirme si está dispuesto a colaborar conmigo o prefiere morir. ¿Me ha comprendido?

—Prefiero… colaborar con usted. Pero estoy muy incómodo así, déjeme salir de la camilla y sentarme en un sillón…

—Me parece razonable.

Dorotea Carvajal se apeó de su obesa y sólida cabalgadura, y quedó de pie junto a la camilla. Orellana suspiró, giró, quedó también de pie junto a la especial camilla de masajes, y, de pronto, disparó su puño derecho hacia el rostro de Dorotea.

La reacción de ésta fue de película fantástica de artes marciales: retrocedió veloz y elegantemente un paso esquivando así el torpe golpe que iba hacia su rostro, alzó la pierna derecha, y hundió fuertemente la punta de su zapato agudo y de alto tacón en los genitales de Orellana; éste lanzó un bramido ahogado, se encogió, y, acto seguido, recibió un tremendo bofetón que lo derribó sentado en un cercano sillón… Todavía incapaz de comprender la humillante realidad, Orellana se puso en pie, furioso, y alzó agresivamente los brazos. Dorotea no le esquivó, sino que dio un paso hacia él, y, sin miramiento alguno, le hundió la navaja con seco y feroz impacto en el costado izquierdo.

Dionisio Orellana se tragó dolorosamente un gemido, quedó inmóvil, alzó la desorbitada mirada hacia la espía norteamericana, y luego se llevó las manos a la herida, de la que brotaba un borbotón de sangre.

—Dios… mío —sollozó.

Dorotea Carvajal le empujó con un dedo en la frente, sentándolo de nuevo en el sillón. Orellana estaba lívido como un muerto, y por fin era presa del espanto más absoluto.

—Dígame esos nombres o lo hago trizas —susurró Dorotea.

—Me… me estoy… muriendo…

—En efecto. Y cuanto más tarde en decirme lo que quiero saber, más tardará en recibir ayuda, y más se irá desangrando. Dígame esos nombres y me iré inmediatamente, y entonces podrá gritar pidiendo ayuda.

La mirada de Orellana quedó fija en los ojos de Dorotea. Y el hombre supo que jamás había estado tan cerca de la muerte.

—Sólo puedo… decirle… los nombres de tres personas —alentó apenas.

—Será suficiente. Adelante.

—Marcelo Iniesta, Sergio López Santos y… y Pedro Juan Atienza… ¡Le juro que no le miento!

—Le creo —asintió ella—. Y ahora hagamos un poco de reciente historia: usted no sólo es un criminal de personas que no conoce,

sino que dio la orden de que yo fuese asesinada. Pero aún más, usted dio la orden de que unos cuantos de sus secuaces de malas entrañas fuesen a hacerme picadillo dentro del coche de Víctor con éste y sus amigos dentro. ¿Cierto?

—Bueno, yo… No… Es decir, sí, pero…

Dorotea Carvajal adelantó un paso, y lanzó el tremendo golpe que hundió la navaja hasta el corazón de Dionisio Orellana. Éste respingó, brincó en el asiento, desorbitó los ojos, y quedó acto seguido inmóvil, con la cabeza hacia un lado del sillón. Estaba tan blanco que parecía de mármol. Del orificio producido por el navajazo brotó una gota de sangre enorme y redonda, como una bolita de acebo, que se deslizó hacia el abultado vientre, dejando una estela reluciente. La señorita Carvajal fue al cuarto de baño, se lavó las manos y la navaja, y fue a recoger la bata, en uno de cuyos bolsillos deslizó la navaja. Se puso la bata, y procedió a registrar con veloz meticulosidad el armario en el que Orellana había colocado sus cosas al llegar el día anterior. Tal como esperaba no encontró nada interesante, ni siquiera vulgar dinero.

Lo último que hizo Dorotea Carvajal antes de abandonar la habitación de Dionisio Orellana fue colocarse de nuevo la peluca rubia.

Siete minutos más tarde, dentro del coche en el que esperaban, los dos hombres de la CIA vieron aparecer a la muchacha morena vestida de rojo que se acercaba caminando airosamente al vehículo, balanceando su gracioso maletín rojo con florecillas azules.

—Lo ha hecho —se estremeció el joven espía que estaba al volante, volviéndose hacia Simón-Managua—. ¡Seguro que lo ha hecho!

Simón-Managua no dijo nada. La muchacha morena del traje rojo llegó, se metió en el coche junto al jefe de la CIA en Managua, y sonrió al joven espía que la contemplaba ansiosamente.

—Vámonos de aquí —dijo la bellísima morena.

Simón reaccionó, se volvió hacia el volante, y puso el vehículo en marcha.

Simón-Managua preguntó:

—¿Ha conseguido algún nombre?

—Marcelo Iniesta, Sergio López Santos y Pedro Juan Atienza.

Simón-Managua se llevó las manos a la cabeza, soltó un

fortísimo silbido de admiración, y acto seguido exclamó:

—¡Me cago en toda la mierda del mundo!

—Supongo que recurrir a tan maloliente expresión es un modo de expresar su sobresalto causado por la intervención de esas personas.

—El cielo nos ampare —farfullo Simón-Managu—. Iniesta es general del Ejército del Aire; López Santos es un financiero de altos vuelos relacionado con los más altos negocios en dólares con personajes acomodados de Nicaragua; Pedro Juan Atienza es director de una compañía exportadora de frutas… Cada uno de ellos, a su vez, tiene una serie de amigos de lo más… interesante. Escuche, créame: vamos a darle el chivatazo a Ortega y que él se las arregle para sanar esta podridísima manzana. ¡Joder, que esto se está complicando cada vez más!

—¿Por qué se excita tanto? —murmuró Brigitte—. Lo que está ocurriendo aquí no es diferente a lo que ocurre en la práctica totalidad de los países del mundo: el gobierno hace una cosa y un grupo de criminales hace otra utilizando un poder increíble a espaldas del gobierno; a veces, incluso en complicidad con el gobierno de turno, para que parezca que el gobierno lo hace bien pero otros, que son los «malos» desconocidos, lo hacen mal.

—¿Quiere decir que el propio Daniel Ortega está metido en esto? —Casi gritó Simón-Managua.

—No, no. Yo no digo eso, y además me inclino a creer que en esta ocasión el gobierno no sabe lo que está haciendo ese grupo de poder secreto aprovechando sus contactos oficiales, de los cuales abusa y a los cuales engaña…

Lo que he dicho y repito es que esta situación se da en casi todos los países del mundo, y casi forma parte de la situación que podríamos llamar «normal» de cada país. Pero en este caso, ese grupo es independiente, está engañando a su gobierno y a su pueblo, está impidiendo que dos países inicien buenas relaciones, y, claro está, no vacilan en asesinar a quien sea, incluso a sus propios amigos. Así que vamos a por ellos, Simón. Nosotros, no el coronel Ortega.

—Al decir nosotros… ¿se refiere usted a la CIA?

—Desde luego que no. La CIA propiamente dicha seguramente sacaría provecho de esta situación. Pero yo tengo otros puntos de

vista. Ahora bien —la divina espía miró directamente a los ojos a Simón—, si usted no desea colaborar conmigo sepa que no está obligado, en esta parte del asunto.

—Usted sabe —murmuró él— que a partir de este momento yo debería pasar todo el informe a la Central, y desde luego retirarle el apoyo de los efectivos de la CIA, a fin de que usted no alterase una situación de la que en Washington podrían sacar provecho.

—Hágalo.

—Supongamos que lo hago —sonrió Simó—. Usted se quedaría completamente sola en Nicaragua, y en una situación no precisamente agradable. ¿Qué haría entonces?

—Iría a ver a Daniel Ortega, le diría lo que hay, y que la CIA, como es habitual en ella, pretende aprovecharse. Con ello, mis apuros en Nicaragua habrían terminado, yo tendría otro amigo dirigente de Estado, y la CIA y Washington se iban a encontrar con que sus deseos de entenderse con Nicaragua estaban cada vez más lejos de realizarse.

—Por todos los demonios —jadeó Simó—. ¡¿Haría usted eso?!

—Póngame a prueba. Simón, ¿no lo entiende?: lo único que yo quiero es evitar acciones bélicas, que siempre masacran al pueblo, a los que nada tienen que ver ni nada saben de estas porquerías. Y para evitar eso tengo que seguir haciendo las cosas a mi manera. ¿Está conmigo o no?

—Usted sabe —masculló él— que pase lo que pase nosotros siempre estaremos con usted. Sólo quería saber qué habría hecho sin nuestra colaboración…, y ahora que lo sé todavía tengo más motivos para apoyarla. ¿Qué sigue ahora?

—¿Cuál de las tres personas que le he mencionado es la más asequible?

—Pedro Juan Atienza. Vive en Bluefields, en la costa norte. Tiene una hermosa casa, pero suele pasar la mayor parte del tiempo en su yate Deseo, desde el cual dirige todo su negocio. Digamos que Atienza ha convertido el Deseo en algo así como un… palacio flotante y mágico.

—¿Mágico? ¿Qué quiere decir?

—Tiene en él desde televisión a télex, ordenadores, un despacho colosal con personal fidelísimo…, y, en fin, todo cuanto un hombre pueda pedir para gozar espléndidamente de la vida.

—Lo que significa que debe de tener a bordo unas cuantas chicas hermosas y complacientes que… ¿No?

—No. Ni una chica. Todo su personal son hombres: hermosos, atléticos e inteligentes hombres…, digamos muchachos de lo más… agradable.

—Oh, no. ¿Es homosexual?

—Ajá.

—Entonces… ¿cómo me las voy a arreglar para acercarme a él, si no puedo utilizar mis encantos y mi belleza femenina, como he hecho en «El Balneario»?

—Bueno —sonrió socarronamente Simón—, algo se le ocurrirá.

Capítulo VI

Pedro Juan Atienza tenía cincuenta años, muchísimo dinero, negocios millonarios que atender, y, como suele decirse, estaba de vuelta de todo, que parece ser uno de los motivos por los que un hombre se hace homosexual por afición, que por hormonas ya es otra cosa y se ve enseguida.

—Ya he dicho mil veces —replicó malhumorado al anuncio de la visita— que no quiero nunca ni una sola mujer a bordo del Deseo, Aniano.

—Ella sabe eso, señor Atienza —asintió el capitán del yate—. Por eso me insistió tanto en que usted leyera la nota.

Atienza miró el sobre cerrado que le había entregado Aniano Vázquez, y decidió ver la nota, leerla, y terminar de una vez. Pero las cosas no se presentaron tan simples cuando, finalmente, Atienza rasgó el sobre, sacó la nota, y la leyó. Decía:

> *SI NO HABLA USTED CONMIGO, DESE POR MUERTO COMO EL COMANDANTE AVELLANEDA Y EL SEÑOR ORELLANA.*

Pedro Juan Atienza sintió un lento y profundo escalofrío recorriendo todo su cuerpo. ¿Orellana también había sido eliminado? Si esto era cierto significaba que algo realmente peligroso estaba ocurriendo, y, en ese caso, ¿por qué no podía ser él el siguiente en la lista de los destinados a desaparecer?

Miró de nuevo a Vázquez.

—¿Dónde espera esa mujer?

—En el muelle. Le he dicho bien claramente que nuestras órdenes…

—Está bien, está bien. Espera aquí un momento.

Atienza salió de su despacho privado dentro del Deseo, y pasó al

contiguo, donde dos de sus «secretarios», uno de ellos deliciosamente rubito, atendían las comunicaciones de negocios. Atienza pidió que le pusieran en contacto con Dionisio Orellana. Durante más de cinco minutos asistió a las diversas tentativas de sus empleadas para conseguir el contacto, pero por mucho que llamaron y rastrearon no consiguieron localizarlo, y no sólo eso, sino que en un par de sitios a los que llamaron hubo una insistencia sospechosa en saber quién llamaba.

—Llamad a «El Balneario» —tuvo por fin la inspiración.

En «El Balneario» le dijeron que el señor Orellana no estaba allí, y también se mostraron insistentes en saber quién preguntaba por él. Pedro Juan Atienza regresó a su despacho, miró muy pálido a Vázquez, y murmuró:

—Tráela aquí.

—Sí señor.

Era alta, cimbreante, guapísima, de ojos negros, mulata, y vestía con desparpajo y gracia notables unos pantalones de hilo blancos y una blusa roja que daba a sus pechos un realce fastuoso. Ciertamente, si la mulata pretendía alguna cosa en la vida esa cosa no era precisamente pasar desapercibida.

—Muy bien —murmuró Atienza— ¿quién es usted?

—Vanos a hacerlo al revés, señor Atienza —sonrió ella, al parecer sin reparar en que él no la invitaba a sentarse— yo le diré quién es usted y luego encauzaremos debidamente la conversación. ¿De acuerdo?

—No sé si comprendo, pero adelante. ¿Quién soy yo?

—Uno de los granujas emboscados en el poder oculto de Nicaragua compinchado con personajes de alto nivel, incluidos aparentes amigos y fieles colaboradores de Daniel Ortega, como por ejemplo, los fallecidos señores Avellaneda y Orellana y los todavía vivos López Santos y Marcelo Iniesta.

Pareció que cada palabra de la mulata fuese una bala que se clavase en el pecho de Atienza, cuya palidez era límite.

—Está bien —susurró—. Y ahora, ¿quién es usted?

—Si desea un nombre, llámeme Ángela. Pero le interesa más saber que soy la persona que está ofreciendo oportunidades de salvación a la gente de su grupo.

—¿Qué clase de oportunidades?

—Conservar la vida.
—¿Y qué más?
—¿Le parece poco? —sonrió gélidamente la mulata.
—¿Para quién trabaja usted?
—Para Nelson Úbeda.
Atienza se puso en pie de un salto, lanzando una fea maldición que hizo fruncir el ceño a Ángela.
—¡Ese hijo de puta…! —gritó—. ¡No es más que un perro vendido a la CIA!
—¿Nunca se ha preguntado por qué? Porque como fácilmente comprenderá, no es por dinero, ya que Úbeda tiene más que usted y otros como usted juntos.
—Entonces… ¿por qué? —entornó los ojos Atienza.
—La CIA prometió al señor Úbeda colocarlo en el poder en Managua si durante un tiempo trabajaba a fondo para ellos. El momento ha llegado, y es por eso que la CIA está… digamos haciendo una limpieza de los que se han opuesto a su oferta de apoyar a Úbeda hacia el poder total. Ustedes mismos provocaron esto, es decir, aceleraron el proceso al pretender matar al señor Úbeda cuando regresaba de una gestión en Estados Unidos. Ahora, la CIA va a colocar al señor Úbeda en el más alto puesto del país, y, consecuentemente, está tomando las medidas drásticas necesarias para ello: los que apoyen a Úbeda del grupo que ha estado secretamente enfrentado a Daniel Ortega, bien; los que no le apoyen…
No dijo más. Atienza estaba todavía más pálido.
—O sea, que usted trabaja para la CIA —musitó.
—No. Yo trabajo para el señor Úbeda. Y él me ha enviado a explicarle esto. Al señor Úbeda le gustaría de modo especial contar con usted para la nueva situación, señor Atienza.
—¿Por qué?
—Ya no sé tanto —sonrió Ángela—. Sé que el señor Úbeda le está esperando.
—No tengo por qué ir. Y puedo retenerla a usted…, y lastimarla.
—El señor Úbeda se tomaría eso muy mal —sonrió de nuevo la mulata— y seguramente le pediría a sus amigos de la CIA que enviasen un escuadrón especial para convertir su yate en escombros…, con usted dentro, claro.

—Usted ha venido a amenazarme —jadeó Pedro Juan.

—Así es. Pero sólo si rechaza la oferta de diálogo con el señor Úbeda.

—¿Dónde está él?

—Muy cerca de aquí. ¿Le gustaría hablar con él previamente por medio de una radio de bolsillo que llevo en mi maletín?

—Sí… ¡Sí que me gustaría, desde luego!

Ángela asintió, colocó el maletín sobre la mesa, lo abrió, sacó una pequeña radio, y efectuó la llamada.

—¿Sí?

—Señor Úbeda, soy yo. Él señor Atienza desea hablar con usted.

—Muy bien. ¿Atienza? ¿Cómo va eso?

Ángela había colocado la radio ante el rostro de Atienza, que se pasó la lengua por los labios una vez más.

—Úbeda, ¿qué es todo esto? —susurró—. ¿Qué quiere?

—¿No se lo ha explicado ella?

—Sí, pero… Maldita sea, ¿qué está pasando?

—Lo de siempre, que nada es eterno. Escuche, Atienza, sólo tiene que aceptar o rechazar. Si rechaza, aténgase a las consecuencias. Si acepta, le voy a pasar a recoger con un helicóptero para trasladarnos a un sitio donde pronto va a llevarse a cabo una reunión que le interesará… y le sorprenderá.

—De modo que ya hay otros de mi grupo que han aceptado su propuesta.

—Naturalmente. ¿Le envío el helicóptero?

Pedro Juan Atienza titubeó, pero terminó por aceptar.

—Sí. Pero no aquí, al muelle… Voy a zarpar ahora mismo, así que recójame mar adentro.

—De acuerdo. Ella viajará con usted. ¿Le parece bien dentro de una hora?

—Sí.

—Pues eso es todo.

Ángela retiró la radio de delante del rostro de Atienza, sonrió, y dijo:

—¿Le molestará a usted que mientras navegamos mar adentro me tumbe en la cubierta a tomar el sol? ¡Es que me encanta! Y además —sonrió dulcemente—, según tengo entendido, no es probable que en este barco molesten a una chica que se dedique a

tomar el sol… aunque sea completamente desnuda.

* * *

Desde el helicóptero la vieron, completamente desnuda, tendida en una extensible, reluciente su achocolatada piel al sol del mediodía.

—Pero no comprendo —masculló Nelson Úbeda—. ¿Cómo es posible que parezca realmente mulata, casi negra? ¿O no es ella?

—Es ella —asintió Simón-Managua—, pero se ha inyectado un extraño suero que ha oscurecido su piel, al parecer con una duración de pocas horas.

—Esto es fantástico… ¡Ella es fantástica!

—Sí —asintió Simón—. Son cosas de la vida, Úbeda: algunas personas nunca son nada ni tienen experiencias por las que siquiera haya valido la pena haber vivido, y otras personas nacen con el signo de los elegidos. Lo que ya no sé es si esa diferencia está definida por la calidad del alma de cada cual o es una simple casualidad, pura suerte… Ahí sale ese mariconazo de mierda.

En efecto, Pedro Juan Atienza acababa de aparecer en cubierta, y se había colocado junto a Ángela, que sólo entonces dejó de tomar el sol, se puso en pie, se vistió rápidamente, y saludó graciosamente hacia el helicóptero.

Éste descendió lo suficiente para que Pedro Juan Atienza no considerase peligroso subir por la escala de cuerda que echaron desde el hueco de la portezuela. En la cubierta habían aparecido varios hombres que presenciaban la maniobra, en silencio, y que miraron con glacial expresión a la bella mulata cuando ésta subió en pos de Atienza.

El helicóptero se elevó y emprendió el regreso hacia la costa, al parecer.

Dentro del aparato, además de Úbeda y Simón-Managua, había dos agentes de la CIA, además del encargado de pilotar el helicóptero.

—Supongo que no va armado —dijo Simón-Managua.

—Claro que no —aseguró Ángela—. ¿Qué haría con un arma el señor Atienza? Él puede ordenar asesinatos, pero jamás tendría el coraje suficiente para matar a nadie personalmente. ¿Verdad, señor Atienza?

Éste la miró, frunció el ceño, y terminó por fijar su mirada en Úbeda.

—Está bien —dijo con voz ronca… ¿Cómo vamos a entendernos, Úbeda?

—No conmigo —negó Nelson—. Yo sólo soy un comparsa en esta jugada. Deberá entenderse con ella.

Señaló a Ángela, que estaba encendiendo un cigarrillo. El día era espléndido, el mar ofrecía un azul de ensueño. El verdor de las plantaciones de tierra firme era como un cristal extraordinario.

—¿Con ella? —murmuró Atienza—. Pero ella me dijo…

—Le he mentido prácticamente en todo —dijo Ángela—. En realidad, señor Atienza, esto es un secuestro con intenciones de asesinato.

—¿Qué? —Palideció el homosexual.

—Se lo explicaré con las menos palabras posibles. Antes de matar al señor Orellana conseguí de él tres nombres, uno de los cuales era el suyo. Los otros dos son Marcelo Iniesta y Sergio López Santos. Ahora, dígame usted algunos nombres más, señor Atienza.

—¡No pienso hacerlo!

Ángela lo miró con socarrona perplejidad. Luego, miró a uno de los atléticos muchachos de la CIA, y le hizo un gesto. El Simón de turno no tuvo la menor vacilación: abrió la puerta corrediza del lado derecho del helicóptero, asió a Atienza por la ropa del cuello, y de un tirón lo sacó fuera del aparato, manteniéndolo suspendido de su fuerte mano… El alarido de Atienza fue de antología. Cuando el espía volvió a meterlo dentro del Helicóptero, Atienza, mudo de espanto ahora, se encontró con la pérfida mirada de la mulata Ángela.

—¿Decía usted algo, señor Atienza? —Se llevó una mano a una orejita deliciosamente sensual—. ¿Alguna palabra, algún nombre, algún dato…?

Pedro Juan Atienza rompió a llorar, causando el pasmo de los pasajeros del helicóptero. Luego, entre hipidos, sollozos y estremecimientos, comenzó a decir todo cuanto sabía.

Capítulo VII

Era casi la una de la madrugada cuando el general Marcelo Iniesta llegó, tan discretamente como se le había exigido, al lugar de la cita con Pedro Juan Atienza. Conducía personalmente su coche, vestía de paisano, y no llevaba escolta alguna. Atienza se lo había dicho bien claramente por teléfono: estaban en un serio apuro tras la muerte de Orellana en «El Balneario» —hecho que por supuesto ya había llegado a conocimiento de Iniesta—, y sólo la puesta en práctica de un plan de emergencia especial, ideado por el propio Atienza, podía aportar alguna solución, aunque fuese parcial, al problema.

Pero, para ello, Atienza había insistido en que precisaba la ayuda directa, personal y secreta de Marcelo Iniesta. O eso, o todos podían darse por denunciados a Daniel Ortega o asesinados por la CIA. Ninguna de estas dos alternativas, ciertamente, era del gusto de Iniesta, de modo que, con toda sensatez aunque no del todo tranquilo, acudió a la cita que le había propuesto el nerviosísimo Atienza.

«—Demasiado nervioso —pensó una vez más Iniesta—. Los tipos como él no pueden formar parte de grupos como el nuestro; no al menos como puntos fuertes, sino todo lo más como integrantes de cariz puramente económico…».

En fin, ya estaba en el lugar de la cita, cerca de Matagalpa. Había tomado el desvío hacia el este, no muy seguro pese a haber consultado mapas completísimos… Pero no, no había error: divisó el coche estacionado, y, a la luz de la luna, alcanzó a ver al hombre sentado ante el volante, y que le pareció Pedro Juan Atienza.

La carretera había quedado unos cien metros a su espalda, y ocasionalmente el resplandor de unos faros se esparcía en la noche llegando como fugaz luminaria hasta el lugar.

Un lugar y una situación que no le gustaba nada al veterano

general Iniesta. ¿Se trataba de eliminarlo ahora a él, y para ello lo habían hecho ir a tan apartado lugar montañoso? ¿Enterrarían su cadáver en cualquier agujero ya preparado?

Mientras sentía el escalofrío que parecía congelar sus huesos, Iniesta pensó que no habría debido acudir a semejante cita. Pero ya estaba allí y si era una trampa de nada serviría lo que él pudiera hacer de ahora en adelante, Pedro Juan Atienza continuaba sentado al volante. Iniesta hizo sonar brevemente el claxon de su automóvil, pero Atienza persistió en su inmovilidad. ¿Tenía que ir él al coche de Atienza? Muy bien. Iniesta paró el motor de su coche, se pasó la pistola al bolsillo derecho de la chaqueta, y se apeó. Metió la mano en el bolsillo, empuñó la pistola, y se encaminó hacia donde aguardaba el exportador de frutas…

Solamente le faltaban tres metros para llegar al coche cuando supo con toda certeza que Atienza estaba muerto. Se detuvo en seco, conteniendo con mucha dificultad el impulso de dar la vuelta y echar a correr hacia su coche. Con la imaginación, se vio a sí mismo corriendo… y caer rodando alcanzado por una ráfaga de plomo caliente.

Sentía los pies como clavados al suelo.

—Atienza —llamó con vana esperanza.

Silencio, por supuesto. Recuperó la movilidad, y se acercó al coche. El rostro de Atienza parecía azul. Le tocó una mejilla, y la encontró helada.

Tenía los ojos abiertos. Era espantoso el frío…, el extraño frío que se desprendía del cadáver…

—Buenas noches, general Iniesta.

La voz femenina había sonado en el interior del coche, y la reacción de Marcelo Iniesta fue brutal, instintiva, ciertamente de baja categoría: sacó la pistola y comenzó a disparar hacia el interior del coche tras retroceder un paso… Dos de las balas alcanzaron en el lado izquierdo de la cabeza a Atienza, produciéndola boquetes como de masa helada que se resquebraja, y derribándolo sobre el asiento contiguo. Los otros rebotaron dentro del coche, o se hundieron en la tapicería, pues, como comprobó enseguida Iniesta controlando su ofuscación, dentro del vehículo no había nadie más que Atienza.

Dejó de disparar.

—Su reacción es miserable y absurda —se oyó de nuevo la voz femenina—. ¿No comprende que si deseara matarlo ya lo habría hecho? Haga el favor de entrar en la parte de atrás del coche y hacerse cargo de la pequeña radio por medio de la cual me estoy comunicando con usted.

Iniesta aspiró hondo, titubeó entre guardarse o no la pistola, y tras decidir conservarla en la mano derecha, abrió con la izquierda la portezuela derecha de atrás. Sobre el asiento vio el brillo matizado del pequeño objeto metálico.

—¿Me está escuchando? —Sonó de nuevo la voz femenina.

—Sí… ¿Quién es usted?

—Llámeme Ángela. Siéntese y hablemos. ¿Está conforme?

—¿Dónde está usted?

—General Iniesta, vamos a conversar sobre la prolongación de su vida y el futuro de Nicaragua… A la vista de estos temas, ¿cree que es interesante quién soy yo y dónde estoy?

Iniesta volvió a suspirar profundamente, y acto seguido musitó:

—Usted es la agente Baby, de la CIA.

—En efecto.

—Era de temer su intervención, tarde o temprano, considerando las actividades de ese traidor de Úbeda.

—¿Le parece a usted que Nelson Úbeda es un traidor? ¿Quiere decir… un traidor a Nicaragua?

—Desde luego.

—Entonces, general…, ¿qué es usted?

—Debimos eliminar a Úbeda hace tiempo. Pero no importa, ya lo haremos. Ahora escuche esto, señora: saquen sus puercas patas de Nicaragua, ¿está claro?

—Ahora escuche usted esto: ¿qué tal si antes de hacerlo le decimos al coronel Ortega cómo están las cosas? Tenemos no sólo el nombre de usted, sino el de prácticamente todos sus amigos. Es fácil comprender que unos denunciarán a otros con tal de conseguir pequeñas ventajas…, si es que podían conseguir alguna en un juicio por alta traición a la patria.

—No hemos cometido ninguna traición contra Nicaragua.

—¿No? Bueno, eso debe de ser según su punto de vista, general, o sea, un punto de vista oficial, gubernativo y administrativo. Pero mi punto de vista no es oficial, ni gubernativo ni administrativo. Mi

punto de vista siempre es de lo más simple y fácil de entender. ¿Usted sabe quién es Nicaragua?

—¿Qué?

—¿No comprende mi pregunta? Se la aclararé. Cuando pregunto quién es Nicaragua queda bien claro que considero que Nicaragua no es un nombre, una bandera y unas relaciones diplomáticas. Nicaragua, general, como cualquier otro país, es la gente de Nicaragua. Un país no es una bandera, ni una casa blanca, o rosada, o amarilla o verde. Un país es la gente que lo compone. Y dígame ahora, general: ¿insiste en que usted no está cometiendo alta traición contra Nicaragua?

—La plebe siempre tiene lo que merece.

—La «plebe» tiene lo que le permiten tener los criminales como usted y sus amigos. Ya es bastante malo que los gobiernos establecidos usen y abusen de los ciudadanos con el respaldo de legalidades que llaman democráticas, pero los grupos como los de usted, que por logros materiales están dispuestos a provocar la revuelta sangrienta, son basura criminal.

—¿Quién demonios se ha creído que es usted? —Gruñó Iniesta —. ¡No es más que una perra yanqui al servicio de su imperialismo!

—Sus insultos no me hacen mella alguna, se lo aseguro. Pero su actitud me hace temer que va a mostrarse un tanto intransigente respecto a las condiciones del trato que pienso ofrecerle.

—No haré trato alguno con ustedes.

—No es con ustedes, es conmigo, general.

—Olvídelo.

—Déjeme explicarle, al menos… Tenemos, como ya le dicho, casi todos los nombres de los integrantes de su grupo, y oportunamente pasaremos la lista con toda discreción al coronel Ortega. Pero no podemos hacer eso sin llegar previamente a un acuerdo con usted.

—¿Por qué?

—Porque queremos que cuando Ortega reciba las listas ya no quede personal del grupo de ustedes suficientemente capacitado para intentar la revuelta armada como último recurso antes de perder sus posiciones y criminales privilegios de los que han venido disfrutando hasta ahora desde sus puestos de emboscados y traidores a la patria.

—Tiene usted una lengua muy afilada.

—Sí. Y un cerebro de primera categoría. Por eso le ofrezco el trato. Sé por medio del señor Atienza que tiene usted un grupo escogido de militares que se pondrían a sus órdenes en caso de revuelta armada, pero ésos no me preocupan demasiado, pues conocemos los nombres de la mayoría y pronto recibirán discretamente la noticia de que apenas intenten algo serán asesinados por alguien muy cercano a ellos. Quienes me interesan son ese grupo de mercenarios sin entrañas que tiene usted acuartelados en esa granja distante treinta kilómetros de aquí. Y éste es el trato: vaya allá y dígales que el asunto ha terminado, que tienen que marcharse del país sin buscar complicaciones. ¿Me ha entendido?

—¿Usted cree que soy un imbécil? —rió Iniesta.

—¿Por qué dice eso?

—Si prescindo de esos hombres quedaré sin ninguna clase de ayuda, ya que no puedo contar con esos militares que usted ha mencionado. De manera que no acepto su trato. Por el contrario, lo que voy a hacer es todo lo contrario, es decir, ahora mismo me voy directamente al acuartelamiento de los mercenarios, y antes de una hora los tengo a todos en pie de guerra, reuniendo las armas que he ido almacenando y llamando a sus secuaces encargados de reclutar personal dispuesto a todo por unos cuantos centavos. A la madrugada, esté yo o no esté yo en el poder, Nicaragua será una hoguera.

—General: realmente, es usted un imbécil.

—¡Y usted una…!

El coche estalló. Naturalmente, con el general Marcelo Iniesta dentro. Uno y otro quedaron convertidos en picadillo bajo los efectos de la tremenda carga de explosivo que había permanecido en el maletero a la espera de ser utilizada de otro modo si hubiera sido necesario. Pero había sido necesario ahora, y eso era todo. A menos de medio kilómetro de allí, el resplandor se vio perfectamente cuando alcanzó su máxima altura en forma de bola. La explosión tardó segundo y medio en llegar, como el retumbar de un trueno. Dentro del coche en el que habían permanecido Simón-Managua, otro Simón, y la agente Baby, ésta cerró la radio por medio de la cual se había estado comunicando con Iniesta.

—Estoy muy disgustada —dijo la divina espía.

—Sí, lo comprendo —murmuró Simón—. Realmente, hacer estas cosas no resulta nada agradable.

—Me parece que no ha entendido —rió ella—. Esa carga estaba destinada a los mercenarios si no se avenían a razones, y por eso estoy disgustada: porque utilizarla para ejecutar a un solo canalla es un despilfarro.

—Entiendo —se estremeció Simón—. Y además, ahora nos hemos quedado sin carga para los mercenarios.

—Oh, bueno, tampoco hay que preocuparse por eso: siempre hay medios para eliminar a cincuenta canallas…, si no se avienen a razones, claro está. Vamos ahora hacia ese territorio donde está la granja en cuestión: tenemos que encontrarla antes del amanecer.

Capítulo VIII

Aunque aparentemente era una inofensiva y hasta productiva granja, había siempre una mínima vigilancia rodeando el edificio principal, especialmente durante la noche. Así que cuando el coche llegó y se detuvo a unos veinte metros de la enorme casa, dos de los guardianes apercibieron sus armas y apuntaron hacia él.

Muy pronto se tranquilizaron al ver que se apeaba una mujer y que, aparentemente, nadie más llegaba en aquel automóvil. Entonces, los dos hombres se acercaron, ocultando sus armas a la espalda. Desde la fachada del edificio llegaba la macilenta luz de una de las bombillas protegidas por rejilla de hierro.

—¿Se ha perdido usted, señora? —inquirió uno de los hombres.

—No. Me llamo Dorotea Carvajal, trabajo en el servicio secreto de Nicaragua, y he venido a decirles que el general Marcelo Iniesta ha sido ejecutado. También vengo a ofrecerles un trato.

Los dos hombres parecían de piedra. De pronto, uno de ellos se puso a cuchichear en el oído del otro, que asintió. Luego, echó a correr hacia la casa. El que quedaba frente a la visitante, ya no se recató en ocultar su arma, con la que apuntó ostensiblemente a la tal Dorotea Carvajal.

—No se mueva —gruñó.

Dorotea lo miró conmiseratívamente, y permaneció inmóvil. Ni siquiera tardó un minuto el otro en volver, y le hizo señas de que le acompañara. Se dirigieron los tres a la casa, en cuya sala-comedor-cocina había sido encendida la luz. Allí aparecían hombres de cuyos rostros canallescos había huido todo vestigio de sueño. Uno de ellos, que se estaba metiendo la camisa en los pantalones, miró a Dorotea con sus ojos claros como cristal de botella, impresionantes, crueles.

—¿Qué trato? —preguntó.

—Dígame primero quién es usted.

—Adolf Hammerdoff, el jefe del grupo total.

—Muy bien. Éste es el trato: tenemos un yate, llamado Deseo, anclado en Bluefields. Está a su disposición para marcharse con él bien lejos de Nicaragua, eso sí, sin disparar un solo tiro ni llevarse arma alguna de las que tengan almacenadas y listas para su uso.

—¿Y si no aceptamos?

—Señor Hammerdoff, si no tuviese la certeza de que van a aceptar yo no habría venido aquí, con riesgo de ser asesinada. ¿Qué otra cosa pueden hacer, sino aceptar? Aun suponiendo que ustedes, por su cuenta, iniciasen una revuelta que no tiene ya objeto, nadie les pagaría por ello, pues el hombre que les habría dirigido tácticamente y pagado luego en dólares sus servicios mercenarios ya no existe. ¿Debo creer que prefieren morir ustedes tras matarme a mí, en lugar de marcharse con un hermoso yate bien lejos de mi patria?

—Hay doscientos kilómetros de aquí a Bluefields —murmuró Hammerdoff.

—Tenemos tres camiones esperando a un kilómetro de aquí. Si aceptan, los llamo, suben a ellos, y los trasladamos a Bluefields. Al amanecer ya habrán zarpado.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no es una trampa?

—Si quisiéramos eliminarlos en masa ya estaría hecho: sólo habríamos tenido que traer unos cuantos cañones y pulverizar todo este lugar en cuestión de segundos. O machacarlos con unas cuantas bombas lanzadas desde un par de aviones. Vamos, Hammerdoff, no sea absurdo. Nosotros no queremos iniciar una refriega, no queremos cañonazos, ni bombazos, ni muertos ni heridos… Queremos que se larguen, ¿no puede entenderlo?

Durante unos segundos los mercenarios estuvieron mirando fijamente a la bella mulata que les estaba ofreciendo la salvación. ¿Verdad o mentira?, se consultaron luego entre ellos con la mirada. Pero había una cosa que no parecía admitir la menor duda: si Dorotea Carvajal no estuviera segura de todo cuanto decía y de lo que podía ocurrir no se habría metido en la boca del lobo.

—De acuerdo —murmuró por fin Hammerdoff— llame a los camiones. Dorotea sacó la pequeña radio del maletín, y dio la orden. Luego, mientras en la casa se organizaba el gran escándalo de aquel puñado de hombres recogiendo sus cosas, ella se sentó en

una crujiente silla y se puso a fumar tranquilamente. Los tres camiones, con la inscripción de la Deportadora de Frutas Atienza en los costados, llegaron en menos de tres minutos.

Hammerdoff se plantó delante de Dorotea.

—Si nos tienden una trampa, asegúrense de que ninguno de nosotros queda vivo, porque si es así, y escapamos, vamos a convertir este país en un lago de sangre.

—Suban a los camiones —dijo ella, fríamente.

—Usted vendrá conmigo en el primero.

—Por supuesto que sí. Por nada del mundo les perdería de vista hasta que me convenza de que se van bien lejos.

Otros tres minutos más tarde, los tres camiones emprendían el viaje, formando un pequeño convoy. En las cajas con aromáticos olores a frutas, los mercenarios viajaban sumidos en actitudes sombrías, silenciosos, tensos.

No se les ocultaba que en cualquier momento podían recibir un ataque que terminase con ellos en cuestión de segundos.

Sin embargo, no fue así, y, en efecto, antes del amanecer llegaban a Bluefields. Cuando los camiones se detuvieron en el embarcadero de yates, ante el magnífico Deseo, todo estaba en calma. Hacia oriente apuntaba un leve resplandor como de oro viejo, al rojo vivo.

Dorotea, que había viajado en la cabina entre el conductor y Hammerdoff, miró a éste y dijo:

—Si vuelven por aquí serán ejecutados.

Hammerdoff la miró, miró luego embarcadero arriba y embarcadero abajo, todavía con un rescoldo de desconfianza. Pasaron un par de blancas gaviotas que tomaron tonalidades de oro de sol naciente. Hammerdoff soltó un gruñido, y saltó del camión; inmediatamente, los demás hombres comenzaron a saltar también a tierra. Hammerdoff abordó el Deseo en primer lugar. No había nadie en el yate, ni una sola persona, es decir, que tendrían que gobernarlo ellos, cosa que no representaba el menor problema, ciertamente.

Había una raya de sol en la línea del horizonte cuando el Deseo comenzó a alejarse del embarcadero. En éste, Dorotea Carvajal lo miraba inexpresivamente. Junto a ella, el recién aparecido Simón-Managua, que con Simón, habían seguido, en el coche, los tres

camiones conducidos por nicaragüenses colaboradores de la CIA.

—Todo esto es terrible —murmuró Simón-Managua.

—¿Está asustado? —Lo miró Brigitte.

—Bueno…, no es tan fácil digerir una cosa así. Ahí van unos cincuenta hombres, es decir, que si hacemos estallar la carga de control remoto cuando estén a treinta millas de la costa, seguramente morirán todos.

—¿Todos los componentes de la reunión están preparados?

—Sí, sí, desde luego.

—Bien… Antes voy a dormir tres o cuatro horas. Yo creo que las diez de la mañana será buena hora para la última parte. En cuanto a su opinión de que todo esto es terrible, quiero recordarle que esos hombres que van en el Deseo son profesionales de la muerte. Dejarlos marchar con vida es tanto como enviarlos a otro lugar para que cometan allí sus tropelías de toda clase.

Si a pesar de esto, a usted le parece terrible ejecutarlos, está en sus manos perdonarles la vida. Tenga.

Simón-Managua se encontró en las manos el detonador a distancia que estaba conectado al disparador de la carga explosiva escondida en el sollado del yate Deseo. Y comprendió la jugada de Baby: ella le dejaba decidir si aquellos hombres debían morir o debían continuar vivos.

—No puede hacerme esto —jade—. ¡No puede obligarme a decidir sobre cincuenta vidas!

—Durante muchos años yo he estado tomando decisiones de este tipo —dijo ella, tensa—. Durante muchos años he cargado con esa responsabilidad, yo sola, sin pedir ayuda ni consuelo. Cada vez que he tomado decisiones de esta clase, ha sido como cambiar las vidas de un grupo canalla por las de una gran cantidad de personas pacíficas e inocentes. Y ahora, usted se permite juzgar mi actuación y mis decisiones. Pues muy bien: decida usted esta vez, y así comprenderá cómo me he sentido yo cada vez que he tomado decisiones en solitario. Que nadie me moleste antes de las nueve y media de la mañana.

Baby Montfort se retiró a dormir unas horas al coche, dejando al hombre de la CIA con la facultad de decidir sobre cincuenta vidas…, y pensando en la enorme fuerza moral que debía tener aquella mujer que llevaba tanto tiempo juzgando, sentenciando y

ejecutando escorias de la Humanidad.

* * *

En la hermosa mansión de la Avenida Miraflores reinaba aquella mañana una cierta intranquilidad basada en la carencia de noticias. Los «empleados normales» iban y venían todavía ajenos a la posibilidad de un cambio de situación inquietante. Pero, en el despacho de la Jefatura de Presidio Cochuacán las cosas estaban verdaderamente tensas.

—Os digo que algo está ocurriendo —insistió una vez más Emilio Amaya— no he conseguido ponerme en contacto con ninguno de los jefes, es como… como si se los hubiese tragado la tierra.

Carlos Álvarez y Martín Serrano tenían el ceño fruncido, ambos de pie ante el ventanal desde el cual se veía el hermoso patio florido de la mansión, separado por artísticas verjas de hierro de la Avenida Miraflores… Los dos vieron entrar en la rotonda a la mujer, pero estaban tan absortos en la preocupación que les estaba inculcando su compañero Emilio que no le hicieron el menor caso; además, los guardianes ya sabían cómo atender a los visitantes…

—¿Y qué crees que puede haber ocurrido? —preguntó por fin Serrano.

—No lo sé —Amaya puso las manos sobre la mesa tras la cual se hallaba sentado—, pero no puede ser nada bueno.

—Quizá tengas razón —mascullo Álvarez—, pero no empecemos a preocuparnos antes de hora, ¿de acuerdo? A fin de cuentas, esta casa es una fortaleza, y si alguien quisiera atacarnos se iba a llevar una sorpresa. Por otra parte, tenemos en las celdas personalidades muy interesantes que se están pudriendo hace tiempo aunque los hayan dado por muertos. Si nos acorralan, podemos ofrecer sus vidas por las nuestras.

—Eso está muy bien —asintió Amaya—, pero tenemos que conseguir contacto con alguien cuanto antes. Si nosotros…

Sonó la llamada a la puerta, que se abrió acto seguido, dejando paso a uno de los «oficinistas» de la sala exterior.

—Una mujer desea ser recibida —murmuró—. Dice que viene de sostener una conversación con el general Iniesta. La hemos parado

en el patio, pero cuando nos ha dicho esto hemos creído que debíamos traerla aquí.

—Hazla pasar —se puso en pie Amaya, expectante.

Segundos más tarde, la mujer entraba en el amplio despacho. Serrano y Álvaro la recordaron enseguida como la que habían visto un par de minutos antes entrando en la quinta. Ahora que la veían de cerca y se fijaban realmente en ella, su belleza les impresionó tanto como a Amaya. Alta, rubia, de bellísimos ojos azules, boca sonrosada, cuerpo espléndido. Llevaba un maletín rojo con florecillas azules estampadas que resultaba gracioso y elegante.

—¿Quién es usted? —inquirió Amaya, cuando el hombre que la había acompañado salió y cerró la puerta.

—La agente Baby, de la CIA —replicó ella amablemente.

Los tres hombres palidecieron. Amaya se apresuró a abrir un cajón de la mesa, y sacó una pistola. La visitante se echó a reír, y fue a sentarse en uno de los recargados butacones colocados ante la mesa. Abrió el maletín, sacó cigarrillos norteamericanos, y encendió uno. El azul de sus ojos era maravilloso.

—¿Saben qué me recuerdan ustedes? —dijo, expeliendo el humo — esos hombrecillos siniestros, malvados y ruines que aparecen en las películas antinazis como agentes de la Gestapo. ¿Saben de qué les estoy hablando?

—¿Qué tiene usted que ver con el general Iniesta? —murmuró Amaya.

—Mucho: soy quien lo mató la noche pasada. Seguramente tienen ustedes noticia de una explosión cerca de Matagalpa: era un coche cargado de explosivo dentro del cual estaba el general, junto con el ya fallecido señor Atienza… Quedaron hechos picadillo. ¿Es éste un tema de conversación que les agrada?

—Usted debe de estar loca —jadeó Serrano.

—¿Por qué? ¿Por haber matado al general?

—Y sobre todo por haberse atrevido a entrar aquí. Eso no es demasiado difícil, pero salir ya no resulta nada fácil.

—Tonterías —sonrió la divina—. Miren, cada vez que me hablan con tanto empeño de la invulnerabilidad de una posición pienso lo mismo: que en realidad es bastante vulnerable, pero que para evitarse complicaciones hacen correr la voz de que es inexpugnable. ¿Me explico?

—Ciertamente —asintió Amaya—. Pero en este caso se ha equivocado usted: ya le he dicho que puede ser fácil entrar, pero sólo sale quien nosotros queremos.

—Ésa es la idea —sonrió encantadoramente Brigitte.

—¿Qué idea?

—Que todo el personal de Presidio Cochuacán salga de él en el breve término de diez minutos, dejándolo completamente desalojado.

—Usted está delirando —exclamó sarcásticamente Amaya.

—¿No aceptan mi sugerencia?

—¡Desde luego que no!

—Es lamentable. Mire, señor… señor…

—Amaya. Emilio Amaya. Ellos son Carlos Álvarez y Martín Serrano.

—Ya. Perdonen que no diga eso de «encantada». Mire, señor Amaya, durante más de treinta horas todos los agentes de la CIA de Centroamérica, Norte del continente suramericano, y Sur de México, así como sus más fieles y aguerridos colaboradores locales, han estado reuniéndose en cierto lugar de la costa del sur de Nicaragua. Esta madrugada a las cinco, eran un total de cuatrocientos diecinueve.

—¿Y qué?

—Que en estos momentos esos cuatrocientos diecinueve hombres, y quizás algunos más que van llegando, tienen completamente rodeado Presidio Cochuacán. Pero no crean ustedes que van a asaltarlo, con riesgo de sus vidas y armando un tremendo alboroto en la encantadora Avenida Miraflores, no, nada de eso. Lo que harán será permanecer cerca y muy atentos, impidiendo que nadie más entre en el Presidio, y cazando uno a uno a todos los que vayan saliendo. Esto, haciendo las cosas con elegancia, claro está. Si ustedes optan por recurrir a procedimientos violentos, o se les ocurre llamar por radio pidiendo ayuda militar a algunos de sus compinchados, mis compañeros dejarán de actuar con guante blanco, y, pura y simplemente, arrasarán Presidio Cochuacán.

—¿Con usted dentro? —ironizó Amaya.

—No. Yo ya habría salido cuando…

—Usted —la amenazó él con la pistola— ya jamás saldrá viva de aquí. Brigitte se lo quedó mirando con auténtica conmiseración,

apagó el cigarrillo en un cenicero de cerámica, y dijo, mientras introducía la mano en el maletín:

—Tengo aquí dentro un argumento de lo más convincente para…

Empuñó la pistola provista de silenciador, y disparó a través del maletín. Amaya tosió extrañamente al recibir el balazo en el vientre, y todavía no había conseguido su cerebro concretar la orden para que su mano disparase a su vez, cuando Brigitte disparó de nuevo, ahora con la mano fuera del maletín…

La bala acertó a Amaya en el centro de la frente, y lo tiró como un guiñapo contra la pared del fondo, dejando en el aire salpicaduras de sangre.

Serrano y Álvarez ni siquiera habían reaccionado cuando ya estaban bajo la amenaza de la pistola. La espía sonrió.

—Este maletín tiene un doble fondo realmente especial, así que hace un momento, cuando he sacado cigarrillos, lo he abierto para dejar visible la pistola, que sus guardianes no han podido localizar. Habría preferido utilizar la mía, más pequeña, pero se la quedaron unos amigos de ustedes cuando estuve en el apartamento del infortunado Julio Magallón… ¿Recuerdan ustedes a Julio Magallón?

Los dos hombres tragaron saliva. Estaban como alucinados. La situación no sólo era inesperada, sino increíble, inimaginable unos segundos antes. Brigitte movió la cabeza como incrédula ante la torpeza ajena.

—Sigamos con el asunto. Ya les he dicho cuáles eran mis planes, pero de repente, al despertarme esta mañana he tenido una inspiración súbita, que me ha hecho comprender una vez más que el ser humano tiene unas fuentes inagotables de talento que casi nunca sabe utilizar. Y esas fuentes inagotables son internas, no tienen nada que ver con las informaciones externas. En fin, que he tenido una inspiración. ¿Por qué complicar las cosas?, me he preguntado. No tengo por qué arriesgar nada: simplemente, ordeno a todos los ocupantes de Presidio Cochuacán que vayan saliendo desarmados, y mis muchachos los irán cazando discretamente y poniéndolos a buen recaudo.

Luego los ponemos en manos de les fieles del coronel Ortega, y allá se las arreglen. ¿Qué les parece mi idea? ¿No es genial? ¡En lugar de tomar el Presidio a sangre y fuego, lo desocupo y quedo

dueña absoluta de él, sin más complicaciones! De modo que… empiecen a dar las órdenes adecuadas para que todo el mundo, EXCEPTO LOS PRESOS, abandonen Cochuacán, persona a persona o máximo por parejas. Y desarmados.

—Si nos negamos usted tampoco saldrá viva de aquí.

—Que sí. ¿Cómo pueden ser tan tontos? ¿Acaso las puertas de este despacho no están inexpugnablemente blindadas? Pues, sólo tengo que matarlos a ustedes dos, encerrarme aquí dentro, dar por radio la orden a mis compañeros para que asalten Cochuacán, y esperarles aquí dentro contemplando los hermosos jardines. Vamos, no sean tercos… ¿No quieran entender que esto ha terminado? Se acabó el juego, ya no existe el general Iniesta, ni el comandante Avellaneda, ni Orellana…, y la mayoría de los traidores que metieron aquí dentro a Allyson Rigg han sido detenidos o están a punto de serlo. ¿Qué les pasa? ¿Les escuece que esta «inexpugnable fortaleza» se haya convertido en una tontería graciosa?

—¿Qué será de nosotros si la complacemos?

—¿Por qué no me pregunta qué les pasará si no me complacen? —Movió la pistola la espía norteamericana—. Lo tienen todo perdido, ya sólo les queda la vida… ¿Me comprenden?

Serrano y Álvarez se miraron. Luego, miraron el cadáver de Emilio Amaya. Finalmente, Serrano se sentó tras la mesa, y descolgó el teléfono de comunicaciones interiores.

* * *

A las diez y treinta y cinco minutos de la mañana Presidio Cochuacán había sido desalojado por sus «defensores», que habían sido detenidos uno a uno por agentes de la CIA y preferiblemente por sus colaboradores locales, y por hombres del servicio secreto nicaragüense avisados finalmente por Nelson Úbeda, que había decidido dar por terminada su carrera de espía.

En el despacho de dirección de Presidio Cochuacán se hallaban, pues, la agente Baby, sentada tras la mesa, Simón-Managua, Nelson Úbeda, dos miembros del servido secreto de Nicaragua, y Serrano y Álvarez. Los dos hombres del S. S. nicaragüense no se cansaban de sorprenderse.

—Francamente, colegas —dijo por fin Brigitte—, un servicio

secreto que no es capaz de detectar un sitio como Presidio Cochuacán no me parece digno de grandes elogios. Claro que, seguramente, en las altas esferas de su organización debe de haber algunos implicados en esto que han estado impidiendo o desviando posibles informaciones o investigaciones en torno al Presidio.

—Pero es terrible —exclamó por fin uno de ello—. ¡Hemos tenido el veneno en nuestro propio cuerpo!

—Son cosas que pasan. Bien, dentro de unos minutos mis compañeros y yo desapareceremos discretamente, y todo quedará ya en manos de ustedes. Espero que le comuniquen al coronel Ortega mi petición de que el señor Úbeda sea enjuiciado como se merece, es decir, como un patriota libre-pensador que en todo momento, pese a colaborar con la CIA, ha estado prestando servicios a Nicaragua.

—Sí, eso lo hemos entendido perfectamente. O sea…, ¿ya podemos hacernos cargo de todo?

—En cuanto yo haya recuperado al señor Allyson Rigg y ustedes al comandante Díaz-Cuervo. —Brigitte captó el movimiento inquieto de Serrano y Álvarez, y los miró fijamente—. ¿Qué les pasa?

—No… Nada…

—¿Nada? Yo diría que sí. ¿He dicho alguna tontería…? Esperen: ¿quizá se trata de que Rigg y Díaz-Cuervo han sido asesinados?

Simón-Managua miraba de pronto con más atención que nunca a la espía internacional, y tuvo la súbita revelación de que aquella mujer todavía tenía reservadas más sorpresas.

El modo en que miraba a Álvarez y Serrano, la fría ironía de sus espléndidos ojos, le hizo comprender que la jugada todavía tenía una faceta inesperada.

—¿Se han quedado mudos? —insistió Brigitte.

Los dos hombres estaban paralizados. Baby recurrió a su pequeña radio, para comunicarse con los agentes de la CIA del exterior. Tuvo un tropel de respuestas, pero ella indicó que solamente quería conversar con los encargados de registrar los sótanos donde se hallaban las celdas especiales, las que eran llamadas «de castigo». Conseguido esto, exigió:

—¿Qué están esperando para subir a dirección a Díaz-Cuervo y a Rigg?

—No están.

—¿Cómo que no están?

—No están. Hemos abierto todas las celdas de castigo, y liberado a todos sus ocupantes, que están siendo evacuados a superficie para ser retirados en ambulancias… Todas las celdas están abiertas y vacías, pero no hay ni rastro de Allyson Rigg.

—¿Están seguros? Les facilité unas fotografías de él y el comandante Díaz-Cuervo tal como aparecerían después de haber sido maltratados…

—Le digo a usted que ellos dos no están aquí abajo. Perdone mi brusquedad, pero si no están es que no están.

—Perdonada su brusquedad —asintió la espía—, y sigan con su trabajo.

Cerró la radio, que dejó sobre la mesa, en la cual estaba su maletín.

De éste extrajo las fotografías de Díaz-Cuervo y Allyson Rigg tal como éstos habían quedado tras ser torturados y golpeados; es decir, las fotografías que el destripado Magallón había facilitado a Nelson Úbeda.

Éste y Simón-Managua miraron las fotografías, y luego a Brigitte, la cual, por su parte, miraba fijamente a Serrano y Álvarez, quienes a su vez miraban al suelo.

—A decir verdad —dijo de pronto Brigitte—, ya me sospechaba que no los iba a encontrar abajo a ninguno de los dos: es por eso que no me interesaba bajar a las celdas de castigo. Ya he visto demasiados horrores en mi vida, y quise ahorrarme el actual. Bien: ¿dónde estén Díaz-Cuervo y Rigg?

—Bueno, verá usted… —empezó Serrano.

—Serrano —cortó la implacable espía—, no me venga con cuentos, porque ya pasé de la edad de escucharlos, y además me pongo de muy malhumor cuando no me gustan. De modo que déjese de tonterías, y procure congraciarse conmigo en lo posible en lugar de contarme mentiras que yo no tardaría en descubrir. ¿Entiende?

—Sí señora —jadeó Serrano.

—Pues dígame la verdad: ¿dónde están Díaz-Cuervo y Rigg?

—Díaz-Cuervo fue ejecutado, y Rigg está muy lejos de aquí, en Hawai, en una casita frente al mar, cerca de Hilo-Hilo.

—Pero… ¿qué hace Rigg allí? —exclamó Úbeda—. ¡No me diga que también tienen celdas de castigo en Hilo-Hilo!

—No es eso —le miró apaciblemente Brigitte—. Lo que ocurrió es que Rigg llegó aquí conforme a las condiciones establecidas, pero él mismo había delatado esa circunstancia al grupo traidor de Nicaragua. Así pues, él y Díaz-Cuervo fueron hechos prisioneros. Es decir, retirados de la circulación.

A Díaz-Cuervo lo mataron bien pronto, e hicieron desaparecer su cadáver. A Allyson Rigg le dieron el dinero convenido, así como un pasaporte a nombre de ciudadano nicaragüense, y lo dejaron marchar, a la espera de que más adelante continuara prestando servicios distinguidos, gracias a su talento, al grupo del general Iniesta y sus canallitas. Es decir, que el traidor ha sido en todo momento Allyson Rigg, y mientras nosotros nos la hemos estado jugando aquí para sacarlo de Presidio Cochuacán él se lo ha estado pasando en grande en la isla de Hawai. ¿No es así, Serrano?

—Sí, sí… Sí.

—Pe-pero-pero —tartamudeó Simón-Managua— ¡¿cómo ha sabido usted todo eso?!

—Por las fotografías y por la atroz muerte de Julio Magallón. Desde el primer momento hubo algo que me llamó la atención en las fotografías, y finalmente las examiné con una pequeña lupa —la sacó del maletín—, comparando las de Rigg con las de Díaz-Cuervo. Y efectivamente, me pareció que los hematomas y heridas de Rigg eran falsas, es decir, simuladas con maquillaje y trucos de cine. Puede examinarlas si quiere… Luego, esa muerte del pobre Magallón, tan brutal, para que resultara convincente…

—¿De qué está hablando ahora? —saltó Úbeda.

—Se dieron cuenta de que usted andaba husmeando, y en lugar de eliminarlo ya, decidieron utilizarlo. De modo que pusieron a Magallón a tiro, usted le sobornó, o creyó sobornarlo, ya que en realidad Magallón obedecía órdenes de ellos, y así, aprovecharon para endosarnos las fotografías de Díaz-Cuervo y de Rigg, a fin de que al ver cómo habían tratado a Rigg, y posteriormente no volver a tener noticias de él y de Díaz-Cuervo, creyéramos que los dos habían sido eliminados, y ya jamás buscásemos a Allyson Rigg, que seguiría en Hilo-Hilo a la espera de seguir trabajando para Iniesta y los demás a cambio de dinero. ¿No es así, Serrano?

—Sí…

—Pero esto es una mierda —casi se echó a llorar Nelson Úbeda—. ¡Esto es una enorme y maldita mierda! No sólo tenemos en Nicaragua canallas que están… o estaban minando la buena marcha internacional del país a cambio de beneficios personales, sino que la persona que nos envían de Washington para ofrecernos una idea de buena relación es otro mierdoso traidor… ¡Me cago en todo!

—Tranquilícese —le miró serenamente Brigitte—. Ahora que sabemos la verdad, vaya usted en cuanto le sea posible a visitar al coronel Ortega, y explíqueselo todo. Esperemos que no tardando mucho podamos empezar de nuevo a hablar en términos de buena relación. Mientras tanto, Serrano, ¿cuál es el nombre que Allyson Rigg está utilizando en Hawai?

—Gregorio Narváez.

—Gregorio Narváez —asintió Baby—. ¿Saben?: hace tiempo que no estoy en las Hawai, y ya tenía ganas de darme un paseíto por allí…

Este es el final

Cerca de medianoche, de pronto, la señorita Montfort despertó, quizás advertida por su especial sentido de alerta, o quizá, más lógicamente, debido al rumor de la lancha que se acercaba y que, finalmente, se detuvo muy cerca de la casa.

Brigitte se alzó de la butaca en la que había estado dormitando, miró por la ventana, y vio el pequeño embarcadero, al cual saltaba un hombre procedente de la recién arribada lancha. A la luz de la luna, Brigitte vio acercarse al hombre, con caminar ligero y alegre, cargado con una cesta de mimbre evidentemente pesada, y en la que debía de llevar los peces capturados aquel largo día de mar y sol, que tan lejos debía de haberle llevado mar adentro en busca de capturas.

Cuando el hombre entró en la casa, ella estaba de nuevo sentada en la butaca. Oyó entrar al hombre, le oyó moverse por la casa. Luego, él fue a la sala, encendió la luz, y entró, alzando la lata de cerveza para beber un trago.

El sobresalto del hombre resultó cómico.

Dio tal brinco que la cerveza se le fue por un lado de la cara.

Sus desorbitados ojos quedaron fijos en Brigitte Montfort, que le sonrió gélidamente.

—¿Qué tal, señor Narváez? —saludó en español.

—¿Quién es usted? —murmuró él.

—Baby, de la CIA.

Gregorio Narváez palideció. La gélida sonrisa de la implacable espía se amplió, por un instante incluso pareció, realmente, una sonrisa de simpatía.

Pero Gregorio Narváez sabía que no era tal. Gregorio Narváez sabía que había jugado y que había perdido…, por no haber tenido en cuenta que podía entrar en el juego aquella pieza llamada Baby.

—¿Quiere decir —jadeó— que lo ha descubierto todo en

Nicaragua?

—Así es.

—Bien… Está bien. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Le voy a enviar a una auténtica celda de castigo de la que en verdad jamás podrá salir, señor Rigg.

—¿A qué se refiere?

—Al infierno. Ésa sí que es una auténtica celda de castigo a la que van a parar los criminales como usted para no salir jamás.

—Yo la conozco a usted, ¿verdad? Le veo algo familiar, algo… que me recuerda a alguien…

Brigitte Montfort se quitó la peluca rubia, y su quieta mirada quedó fija en los ojos de Allyson Rigg. De pronto, apareció en el rostro de éste la súbita y enorme sorpresa al reconocer a su visitante.

Y todavía era presa del más grandioso pasmo al haberse enterado de que la agente Baby era la señorita Brigitte Montfort, cuando ésta, de un único y certero disparo entre los ojos, lo envió para siempre a la celda de castigo de la que jamás se regresa.

FIN